Los Juegos del DragÃ³n

by Nefertari Queen

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Status: In-Progress
Published: 2012-10-26 17:02:13
Updated: 2013-09-09 02:18:05
Packaged: 2016-04-26 13:00:22
Rating: K+
Chapters: 6
Words: 18,434
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Para salvar a su hermana de convertirse en un Tributo, Astrid se ofrece como voluntaria. Ella e Hipo deberÃ¡n enfrentarse a los dragones si quieren sobrevivir. Basado en los Juegos del Hambre. Astrid/Hipo.

1. La Tribu de Berk

NADA DE ESTO ME PERTENECE, SOLAMENTE ME DIVIERTO ESCRIBIENDO SIN GANAR POR ELLO.

Â¡Hola a todo el mundo!

SÃ© perfectamente que deberÃ-a estar actualizando mi otra historia "War" pero sencillamente esta idea no pude descartarla. No he leÃ-do los libros de "Los Juegos del Hambre" pero vi la pelÃ-cula y leÃ- muchÃ-simos resÃºmenes. Este fic no es una adaptaciÃ³n, es mi propia versiÃ³n de los hechos. Algunas cosas han cambiado aunque la esencia permanece.

Hay doce Tribus vikingas que son sometidas por la Ciudad Capital, MÃ³gandi. En los juegos, los Tributos son lanzados a una arena especial dentro de MÃ³gandi donde deberÃ¡n luchar no contra ellos, si no contra los dragones, el Ãºltimo que sobreviva serÃ¡ condecorado como hÃ©roe. Si no hay sobrevivientes, se declaran ganadores a los Dragones. El desarrollo y el desenlace de la historia es, a mi parecer, muy diferente, en parte porque se desarrolla en el mundo vikingo, no en un mundo futurista.

Si les gusta seguirÃ© actualizando. Si no... pues creo que tambiÃ©n, o lo cancelarÃ©. Todo depende de ustedes.

Â¡Disfrutenlo!

* * *

><p><strong>DEDICADO A:<strong>

Espartano. Mi lector favorito que ha seguido mis historias desde que tengo la memoria para recordar. Muchas gracias por todo tu apoyo y espero que te guste =)

* * *

><p><strong>LOS JUEGOS DEL DRAGÃ“N<strong>

By

Nefertari Queen

* * *

><p><strong>Capitulo 1<strong>

La Tribu de Berk

.

.

â€”Â¿Astrid?â€”llamÃ³ la seÃ±ora Hoffersonâ€”Â¿EstÃ¡s levantada?

La susodicha estaba en su recÃ¡mara, rezando mentalmente. Al llamado de su madre se puso de pie, pues habÃa estado todo ese tiempo sentada en la cama, y se apresurÃ³ a abrir la puerta. La esbelta figura rubia de su madre apareciÃ³ para sonreÃrle cÃ¡ndidamente.

â€”SÃ mamÃ¡.â€”repusoâ€”Ya hace buen rato.

â€”Eso es buenoâ€”le sonriÃ³ la mujerâ€”Anda, bajemos a desayunar.

â€”Â¿Se ha levantado Brutilda?

â€”No sÃ© si te ha dejado galletasâ€”bromeÃ³.

Astrid la mirÃ³ mientras bajaba los escalones. En un dÃa normal hubiera seguido el juego; pero no era un dÃa cualquiera. Astrid sabÃa que su madre estaba tratando de ocultar la paranoia. Brutilda, su hermana menor, entrarÃa por primera vez en las urnas, y todos en la casa estaban temerosos por ella.

BajÃ³ los escalones hacia el comedor. Astrid tenÃa el cabello rubio y brillante trenzado y cayendo por su espalda. Sus ojos eran grandes y de un color azul muy cautivante. Su figura muy bien formada por el constante ejercicio que, como buena cazadora, tenÃa que hacer diariamente. En el comedor estaba su padre y su hermana, sentados mientras su madre terminaba de servir la comida.

â€”Buenos dÃasâ€”saludÃ³ Astridâ€”Â¿Han dormido bien?

â€”Siâ€”el padre e Astrid, de cabello oscuro y ojos negros, tenÃa una expresiÃ³n preocupadaâ€”Â¿TÃº?

â€”TambiÃ©n.

Pero Brutilda no respondÃ-a.

Ella tenÃ-a el cabello rubio cenizo, mÃ¡s opaco que el de su hermana, y ojos castaÃ±os. Era bajita y delgada, cuatro aÃ±os menor que Astrid. Mientras la mayor tenÃ-a diecisÃ©is aÃ±os, Brutilda acababa de cumplir semanas atrÃ¡s los doce. PodÃ-a verla, pÃ¡lida y asustada.

â€”Heyâ€”le llamÃ³â€”No pasarÃ¡ nada.

Brutilda no respondiÃ³. Se levantÃ³ de la mesa y se fue a su recÃ¡mara.

Todos la miraron con expresiones resignadas. Astrid incluso. Ella comiÃ³ un poco de pan y de leche para despuÃ©s agarrar su hacha e irse a los bosques. Su padre le dijo que tuviera cuidado, igual su madre, ella solo asintiÃ³ y se fue.

Cuando saliÃ³, Astrid pudo sentir la paranoia resignada que habÃ-a en toda la Tribu. Era horrible, pero debÃ-a aceptarlo. Todos caminaban con las cabezas gachas tratando de no recordar lo que pasarÃ-a al pasar el mediodÃ-a. Astrid no podÃ-a culparlos. Ella misma estaba asÃ- de asustada; pero no lo demostrarÃ-a nunca frente a su hermana.

La Tribu de Berk, donde ella vivÃ-a, tenÃ-a a los vikingos mÃ¡s fieros y los mejores herreros de todo el paÃ-s. Ella estaba orgullosa de ellos. Pero la indignaciÃ³n de tener que estar sometido era la misma no solo en Berk, si no en los demÃ¡s distritos de vikingos orgullosos y necios que no pueden resignarse a perder su libertad.

Berk no estaba nada mal. El pueblo era hermoso, grande, todos tenÃ-an sus enormes casas, ganado, cosechas, incluso el Gran Comedor, donde las personas podÃ-an reunirse a comer, charlar y tener fiestas. Pero no siempre fue asÃ-. Astrid, como joven que era, no podÃ-a recordar la miseria que se vivÃ-a en la isla aÃ±os atrÃ¡s.

Estoico el Vasto, Jefe de la Tribu, perfectamente lo recordaba. Ã‰l habÃ-a sido un niÃ±o cuando su padre, el anterior Jefe, estaba desesperado por reconstruir el pueblo y ademÃ¡s, darle de comer a todos los niÃ±os. Quienes sobrevivieron a esa hambruna eran ahora los padres de una generaciÃ³n que le tocÃ³ lo mÃ¡s bello por vivir dentro de una Tribu aguerrida. Pero los Juegos, esos nunca se iban. Y eran lo que mÃ¡s miedo causaban en todas las tribus vikingas.

Los Juegos del DragÃ³n, ella nunca los mencionarÃ-a a menos que fuera el dÃ-a. Esas horribles contiendas a los que estaban sometidos. Esa masacre que era festejada por los malditos de MÃ³gandi.

Pasando por el pueblo, ella pudo ver a mÃ¡s y mÃ¡s personas. A la distancia Estoico estaba visiblemente enojado y gritÃ¡ndole a unos pobres vikingos marineros que pasaban enfrente. BocÃ³n, el herrero oficial del pueblo, llevaba en un carrito las mejores armas que habÃ-a fabricado, vendiÃ©ndolas a descuento y haciendo bromas para aligerar el ambiente.

â€”Â¿QuÃ© tal, Astrid?â€”la saludÃ³ con una sonrisa. Como siempre.

â€”Holaâ€”fue su saludoâ€”Â¿No hay ninguna novedad?

Las novedades eran siempre las armas de Hipo. El mejor aprendiz de BocÃ³n y el hijo de Estoico, por lo tanto, heredero de la Tribu. Astrid veÃ-a pocas veces al curioso y delgado vikingo que se la pasaba la mayor parte del tiempo en la herrerÃ-a, fabricando armas y perfeccionando otras, creando verdaderas bellezas.

â€”Noâ€”BocÃ³n suspirÃ³â€”Hipo ha estado muy ocupadoâ€¦ ya sabes.

En ese dÃ-a, Estoico tendÃ-a a ponerse tan de malas que el propio Hipo debÃ-a salir de la herrerÃ-a y pretender calmar a su padre. No era para menor.

AÃ±os atrÃ¡s habÃ-a sido seleccionada a jugar la pequeÃ±a prima de Hipo, una niÃ±a que no recordaba su nombre, pero que tenÃ-a apenas doce aÃ±os. Valhallamara, madre de Hipoy tÃ-a de la niÃ±a, reclamÃ³ que era dÃ©bil, pequeÃ±a e incapaz de hacer cualquier buen espectÃ¡culo. Los mensajeros no perdieron tiempo con ella. La mataron por revuelta social. Hasta la fecha ni Estoico ni Hipo podÃ-an reponerse de aquello. Y es que, si alguien intentaba hacer algo contra los mensajeros, la guerra que se desatarÃ-a tendrÃ-a una firme desventaja; y Berk no querÃ-a correr ya mÃ¡s riesgos. Estaban bien, estaban en paz, estaban progresando Â¿A quÃ© buscarse mÃ¡s problemas?

â€”IrÃ© a cazarâ€”dijo Astrid, a modo de despedida para alejarse de BocÃ³n.

â€”Buena suerteâ€”le deseÃ³ Ã©l.

Ella le sonriÃ³. Recordaba vagamente ese acontecimiento tan significativo; la muerte de Valhallamara pegÃ³ duro a todos. Su madre incluida, pues eran mejores amigas. Astrid no podrÃ-a haber tenido mÃ¡s de seis o siete aÃ±os y los hechos eran borrosos en su mente. Pero sabÃ-a y sentÃ-a como los demÃ¡s: aquello habÃ-a sido una injusticia.

Astrid empuÃ±Ã³ bien su hacha y caminÃ³ hacia el bosque, tratando de despejar su mente. Los juegos siempre despertaban lo peor en todos. Ella incluida. Se adentrÃ³ entre los Ã¡rboles y comenzÃ³ a buscar seÃ±ales de animales para cazar. Su familia tenÃ-a cosechas y un ganado nada despreciable; Astrid cazaba cuantos animales podÃ-a para venderlos o comer de ellos. No es que les faltara nada, afortunadamente, pero no le gustaba ser ociosa y querÃ-a cooperar con los gastos econÃ³micos de la casa.

Se tensÃ³ cuando escuchÃ³ un ruido. Ella se volteÃ³ y encontrÃ³ a PatÃ¡n. El muchachito de su misma edad tenÃ-a cabello negro y ojos oscuros. Era el sobrino de Estoico y un gran guerrero; muchas veces la acompaÃ±aba a cazar.

â€”Me asustasteâ€”replicÃ³â€”Me dijiste que estoy no vendrÃ-as.

â€”CambiÃ© de opiniÃ³n.

PatÃ¡n tenÃ-a un hacha, pero Ã©sta era distinta. El hacha de Astrid era de doble filo y muy grande, elaborada por Hipo. El mejor regalo

que pudieron haberle dado a los doce aÃ±os. La de PatÃ¡n tenÃ-a un solo filo y era mÃ¡s vieja, heredada por su padre.

â€”Bueno, no hagas ruido o me espantarÃ¡s a los animalesâ€”replicÃ³ ella, viendo hacia el suelo y buscando seÃ±ales de algÃºn rastro.

â€”No hay nada Astridâ€”PatÃ¡n se acercÃ³ a ellaâ€”He estado recorriendo todo este lugar. No hay nada.

â€”Â¿Y quÃ© me sugieras que haga, eh?â€”demandÃ³ desesperadaâ€”Â¿Rendirme?

â€”Te recomiendo que te calmes.

Si bien Astrid cazaba casi a diario, hoy, que serÃ-a el espantoso dÃ-a, necesitaba realmente sacar toda la rabia y el miedo que habÃ-a estado ocultando frente a su familia. Y eso se traducÃ-a en golpear, cazar, gritar y correr.

â€”No sabes lo que necesitoâ€”reclamÃ³ ellaâ€”AsÃ- que por favor vete.

PatÃ¡n levantÃ³ ambas manos rendido y se fue, como ella lo pidiÃ³. Astrid, sabiendo que no podrÃ-a cazar nada a menos que no se adentrara mÃ¡s a la montaÃ±aâ€”cosa que no harÃ-a por cuestiones de tiempoâ€”comenzÃ³ a practicar con su hacha.

La lanzaba diestramente una y otra vez contra el mismo tronco maduro y grueso. Se estaba probando a sÃ- misma que era fuerte, rÃ¡pida y resistente. Pero aÃºn asÃ- un buen grupo de lÃ¡grimas consiguieron aglomerarse en sus ojos y derramarse discretamente por sus mejillas. Astrid en ningÃºn momento dejÃ³ de saltar, de brincar, correr hacia otros troncos y seguir lanzando el hacha hasta que sus brazos, cansados, no pudieron levantarla mÃ¡s. Se sentÃ-a bien sacar todos los temores escondidos y sus hombros, como si una carga se hubiera evaporado de ellos, cayeron relajados.

Para volver a tensarse cuando se escuchÃ³ el sonido de la campana.

Era hora de volver.

La campana significaba una sola cosa: los mensajeros estaban arribando. Astrid caminÃ³ hacia el pueblo, y al llegar, notÃ³ a todos apurados acercÃ¡ndose hacia el puerto. Ella no lo hizo. CaminÃ³ tranquila a su casa para poder asearse y estar mÃ¡s presentable.

â€”Â¡Astrid, Astrid!â€”Brutilda la esperaba en la entradaâ€”Â¡Llegaron!â€”sollozÃ³ espantada.

â€”CÃ¡lmateâ€”se inclinÃ³ para quedar a su altura y acariciÃ³ suavemente su mejillaâ€”No pasa nada. Es tu primer aÃ±o, tu nombre aparecerÃ¡ solamente una vez. No va a pasar nada.

â€”Peroâ€¦ peroâ€¦

â€”No va a pasar nadaâ€”repitiÃ³ firmemente, para quitarle toda duda.

Y de paso, quitarse ella misma todas las dudas.

* * *

><p>SÃ© que el capitulo es muy corto, es que es solo una introducciÃ³n a la trama. El siguiente creo que me quedarÃ¡ mÃ¡s largo. Â¿Les ha gustado por ahora? Â¿Es bueno, malo, pÃ©simo...? me gustarÃa saber que opinan.<p>

Y sÃ, Chimuelo aparecerÃ¡ en el fic pero mÃ¡s adelante.

Â¡Muchas gracias por leer!

chao!

2. La Cosecha

NADA DE ESTO ME PERTENECE, ES DE DREAMWORKS, SOLAMENTE ME DIVIERTO AL ESCRIBIR.

Â¡Hola a todos nuevamente! Muchas gracias a las personas que leyeron mi historia. Este capitulo estÃ¡ mÃ¡s largo y explica mÃ¡s cosas. OjalÃ¡ les guste.

Comentarios:

Fanatico Z: MuchÃsimas gracias por comentar, este capitulo te lo dedico completamente por tus amables palabras de Ã¡nimo. Y sobre War, espero poder actualizarla esta semana que entra =)

Â¡Disfruten!

* * *

><p><strong>Capitulo 2<strong>

La Cosecha

.

.

En los Juegos del DragÃ³n una chica y un chico de cada Tribu tienen que acudir forzosamente a MÃ³gandi, la capital, y ahÃ serÃan introducidos a una arena en la que lucharÃan con dragones hasta la muerte.

La forma tradicional marcaba que desde los doce aÃ±os los chicos deberÃan introducir su nombre en las urnas de selecciÃ³n, para ser escogidos al azar; aunque tambiÃ©n estaba la opciÃ³n de ser voluntario para participar. Obviamente, nunca habÃa voluntarios. Los chicos seleccionados eran llamados Tributos; como si fueran una paga Â¡QuÃ© humillaciÃ³n! La selecciÃ³n, llamada cosecha, solo podÃa ser llevada a cabo por mensajes de MÃ³gandi.

Los Mensajeros de MÃ³gandi llegaban por barco y lucÃan ropas blancas, en un intento de verse superiores a los demÃ¡s vikingos. Astrid nunca les tuvo miedo. Y nunca se los tendrÃa. Pero la pobre

de Brutilda hiperventilaba del espanto y apenas podÃ-a caminar por lo mucho que le temblaban las piernas. Y tenÃ-a razones. Los Mensajeros siempre iban bien preparados, perfectamente armados y sus nÃºmeros ascendÃ-an hasta cien, incluso doscientos en la Tribus que son mÃ¡s grandes. El desfile de soldados vestidos de blanco atormentaba a los pobladores mientras irrumpÃ-an en la plaza de la Tribu sin importarles nada ni nadie.

Era una impresionante jugada mental muy bien realizada. Ellos llegaban en sus naves, enormes y de banderas azules, para seleccionar al chico y chica que serÃ-a arrancado del seno familiar y llevado a morir entre el mar de soldados. No podÃ-a existir peor humillaciÃ³n.

La cosecha era el peor dÃ-a no solamente en Berk, si no en las demÃ¡s Tribus que MÃ³gandi controlaba de esa espantosa manera.

Astrid se mirÃ³ nuevamente en el espejo. Estaba algo nerviosa pero no lo admitirÃ-a frente a su familia. Por tener diecisÃ©is aÃ±os y ser la cuarta ocasiÃ³n que participarÃ-a en la cosecha, su nombre estarÃ-a cuatro veces en la urna. Son acumulables. Y seguirÃ-an apareciendo hasta que ella cumpliera los dieciocho y estuviese al fin en paz.

No asÃ- su hermana y era lo que mÃ¡s le preocupaba. Brutilda y ella se parecÃ-an en que las dos eran Ã¡vidas guerreras. Pero Brutilda tenÃ-a un miedo atroz a los mensajeros, se paralizaba solo de verlos. No querÃ-a que les temiera y necesitaba volver ese dÃ-a una buena experiencia para enseÃ±arle valor a su hermana menor.

.â€”Hay que irnosâ€”le dijo Brutilda, con apenas un hilo de voz.

â€”Si.

Sus padres las detuvieron en la entrada de la casa. Ellos les dieron fuertes abrazos y despuÃ©s besaron sus mejillas, para despuÃ©s decirles lo hermosas que se veÃ-an con sus atuendos de valkirias. Caminaron las dos hermanas con sus manos entrelazadas hacia la explanada del pueblo.

Los dos seÃ±ores Hofferson se dieron fuertemente las manos, dÃ¡ndose apoyo mutuo. Ellos debÃ-an permanecer en la parte alta de la explanada, con los demÃ¡s padres, y donde no podrÃ-an interferir en caso de que sus hijos fuesen seleccionados. Vieron desde los escalones cÃ³mo las figuritas rubias de sus hijas caminaban enfiladas con las demÃ¡s muchachas del pueblo, posando frente a un grupo de malditos Mogandianos.

En la mente de la seÃ±ora Hofferson comenzaron a venir los recuerdos de la muerte de su entraÃ±able amiga Valhallarama. HabÃ-a sido un dÃ-a horrible. Cada vez que veÃ-a a los mensajeros recordaba a su buena amiga llena de justicia y le daban ganas de agarrar una espada para lanzarse contra ellos, defendiendo a sus hijas. Pero no podÃ-a hacerlo. Ni ella ni su esposo.

La mano de Brutilda apretaba fuertemente a su hermana. Astrid intentaba vanamente de consolarla.

â€”Todo estarÃ¡ bienâ€”le decÃ-a. Muy a pesar de saber que, quizÃ¡,

no lo estarÃ-a.

Las filas de chicos y chicas caminaban a duras penas y se podÃ-a ver el nerviosismo que circundaba en todas partes. DebÃ-an colocarse frente al palco donde el Jefe de la Tribu daba anuncios importantes. Las banderas rojas de Berk fueron desplazadas para que las azules de los Mogandianos pudieran ondear libres.

Astrid pudo ver el desfile de chicos que conocÃ-a ella a la perfecciÃ³n, varios de su edad, otros mayores y unos mÃ¡s jÃ³venes. Las mujeres formadas del lado derecho, los hombres del lado izquierdo. A la distancia pudo presenciar a PatÃ¡n, erguido lo mÃ¡s orgulloso que podÃ-a, como si quisiera retar a los Mensajeros. SonriÃ³ para sus adentros, esa actitud era tÃ-pica de Ã©l.

Alrededor de los jÃ³venes un grupo de mensajeros los cercaba cual si fueran ganado, el nombre de "cosecha" de verdad daba honor a la forma en que los trataban. Como objetos; como animales. CreyÃ©ndolos indignos de ser tratados como humanos.

Estoico el Vasto estaba de pie en el palco con los ojos bajos y actitud resignada. El saludÃ³ renuente y en voz baja al grupo de mensajeros que subieron con enormes sonrisas. Rodeaban a la Comisionada de Berk.

Los Comisionados eran Mogandianos que debÃ-an cuidar y vigilar no solamente las cosechas de sus respectivas Tribus, si no tambiÃ©n vigilar que su gente estuviera tranquila y avisar a MÃ³gandi cualquier indicio de rebeliÃ³n. Los Comisionados rara vez se quedaban en las Tribus, aparecÃ-an mensualmente a revisarlas y se iban. Pero claro, el dÃ-a de la cosecha llegaban prontamente y sonrientes.

La Comisionada de Berk era una vikinga robusta de cabello negro llamada Pam. LucÃ-a la larga tÃºnica blanca que los Mogandianos siempre llevaban puesta y ademÃ¡s, un abrigo de piel encima.

â€”Estoicoâ€”saludÃ³ con fingida alegrÃ-aâ€”Es bueno verte.

â€”Como digasâ€”Estoico la odiaba de sobremanera, como todos en el pueblo.

Pam fue la primera en ordenar la muerte de Valhallarama.

Ignorando el tono Ã¡cido de aquel saludo, Pam dirigiÃ³ su sonrisa al grupo de muchachitos que tenÃ-a enfrente y levantÃ³ las manos.

â€”Â¡Bienvenidos!â€”saludÃ³, como quien espera una ovaciÃ³n de felicidadâ€”Felices Juegos del DragÃ³n. Que la suerte estÃ© siempre de su lado.

Actuaban como si los Juegos fueran motivo de celebraciÃ³n, en vez del luto que hacÃ-a cargar a las familiar de los desafortunados tributos.

â€”Ha llegado la hora de seleccionar al afortunado chico y la afortunada chica que representarÃ¡ a la Tribu de Berk en estos cuadragÃ©simos tercero Juegos del DragÃ³n.

Astrid mirÃ³ a su hermanita. Brutilda casi temblaba de pies a cabeza, consumida por un nerviosismo que era perfectamente capaz de comprender.

Pam se moviÃ³ hacia las urnas que contenÃan los papelitos con nombres. Era la hora decisiva.

â€”Las damas primeroâ€”dijo.

Y metiÃ³ la regordeta mano en la urna de color rosado claro. La moviÃ³ en repetidas ocasiones, como quien busca un papel en particular, y sacÃ³ el doblado pergamino. Lo sostuvo en alto, aumentando la incertidumbre del lugar. ComenzÃ³ a desdoblarlo con ansias y despuÃ©s, dijo:

â€”Brutilda Hofferson.

_No._

Brutilda se puso pÃ¡lida del espanto. La seÃ±ora Hofferson gritÃ³ inmediatamente y su esposo tuvo que asirla con fuerza para que no se lanzara contra los mensajeros. Ã‰stos se acercaron hacia la niÃ±a que comenzaba a llorar por su suerte.

â€”Brutilda.â€”Astrid no salÃa de su asombro Â¿CÃ³mo demonios saliÃ³ ella seleccionada? Â¡Su nombre aparecÃa una sola vez!.â€”Noâ€¦Â¡NO!

Brutilda caminÃ³ dos pasos lentos y temblorosos, los mensajeros acercÃ¡ndose y sonriÃ©ndole como si se hubiese ganado una dotaciÃ³n anual de pan. Apenas la agarraron cuando las palabras, surgidas del amor fraternal, salieron sin ser pensadas en realidad.

â€”Â¡Soy voluntaria!.â€”gritÃ³ Astrid

Los Mensajeros, Pam, Brutilda y todos los presentes se voltearon para verla. Astrid contenÃa lÃ¡grimas en sus ojos y miraba con desesperaciÃ³n a su hermana. Se parÃ³ en alto, y dijo con firmeza.

â€”Me ofrezco voluntaria como tributo.

Los Mensajeros inmediatamente fueron hacia ella para llevarla al palco. Brutilda intentÃ³ correr hacia su hermana.

â€”Â¡No! Â¡Astrid, no!â€”pero los mensajeros no dejaron que se le acercara.

Astrid caminÃ³ lo mejor que pudo hacia el palco, subiendo los escalones de uno en uno. La sonrisa de Pam causaba escalofrÃos en cualquiera.

â€”Este es un caso inusualâ€”felicitÃ³ Pamâ€”Nadie antes de habÃa ofrecido como Tributo en Berk Â¡Felicidades, tesoro! Has pasado a la historia.

Â¿Gracias? Astrid se contuvo de no golpearla.

Pude ver a sus padres que lloraban silenciosamente. Se habÃa salvado su hija menor pero habÃan perdido a la mayor. El pueblo entero

resintiÃ³ la tragedia de los Hofferson. Pam entonces metiÃ³ la mano en la urna azul, repitiendo todo el procedimiento. Y diciendo:

â€”Hipo Haddock.

Nadie en el pueblo pudo contener el jadeo.

Â¿El heredero? Â¿CÃ³mo? Â¡Eso no era posible! Sigilosamente las miradas se posaron en Estoico. El Jefe estaba lÃ-vido del asombro y se podÃ-a apreciar el shock que lo aturdiÃ³ aÃºn peor que un golpe. Astrid misma no cabÃ-a de su asombro. El delgado muchachito emergiÃ³ de entre las filas, con la cabeza en alto pero pÃ¡lido, y caminÃ³ hacia el palco.

â€”Â¡Nuestros tributos!â€”seÃ±alÃ³ Pam con orgulloâ€”Â¡Hipo Haddock y Astrid Hofferson!

El tiempo se detuvo despuÃ©s de eso.

-o-

Los Tributos fueron trasladados hacia el Gran Comedor, donde podrÃ-an despedirse de sus familiares y seres queridos antes de partir hacia MÃ³gandi. Astrid estaba sentada en una de las mesas, con la cara enterrada en sus manos. Lo hubiera hecho otra vez de haber sido necesario. Todo por proteger a su hermana. Pero ahora se habÃ-a percatado que se condenÃ³ a morir.

â€”CÃ¡lmateâ€”fue lo primero que le dijo PatÃ¡nâ€”Ellos solamente quieren un buen show. Eso y nada mÃ¡s. DÃ¡selos y estarÃ¡s segura.

Astrid respirÃ³ hondo.

â€”Se los darÃ©â€”pero un sollozo llegÃ³ a la garganta.

â€”Eres una excelente cazadora. PodrÃ¡s contra ellos, lo sÃ© Astrid, simplemente lo sÃ©â€”PatÃ¡n intentaba darle algo de Ã¡nimo a pesar de que ni Ã©l podÃ-a dÃ¡rselo a sÃ- mismo.

â€”HarÃ© mi mejor esfuerzoâ€”se prometiÃ³ Astridâ€”Pero PatÃ¡nâ€¦ si las cosas salen mal, cuÃ-dalos. Siempre vela por mi familia, por favor.

â€”No tienes que pedirlo. Lo harÃ©.

Al abrirse la puerta inmediatamente se esforzÃ³ en lucir bien. La figura de Brutilda corriendo hacia ella la hizo sonreÃ-r. La abrazÃ³ con fuerza, pensando que quizÃ¡ no volverÃ-a nunca mÃ¡s a verla ni a sentirla. DetrÃ¡s estaban sus padres y tambiÃ©n los abrazÃ³.

â€”EstarÃ© bienâ€”intentÃ³ consolarlosâ€”No tienen porquÃ© preocuparse.

â€”Te amamos hijaâ€”su madre acariciÃ³ sus mejillas con gran dulzuraâ€”No importa lo que pase. Te amamos.

â€”Y yo los amos a ustedes.

Una situaciÃ³n algo similar estaba pasando del otro lado del Comedor. Estoico tenÃ-a enormes ganas de gritar y lanzar injurias antes de declarar una guerra abierta. Pero Hipo, sentado en la butaca, pensaba de forma diferente.

â€”PapÃ¡, sÃ© prudenteâ€”le pidiÃ³â€”No puedes condenarnos a todos solo por mÃ-â€¦ ni siquiera yo podrÃ-a con la culpa.

â€”Â¡No dejarÃ© que vayas!â€”gritÃ³ el vikingo nuevamenteâ€”Â¡No mientras viva! Â¡BlandirÃ© mi espada contra quien sea de ser necesario!

â€”PapÃ¡â€¦

â€”Â¡No dejarÃ© que te alejen de mÃ-! Â¿Lo entiendes? Â¡No lo harÃ©! Eres mi Ãºnico hijoâ€¦

Para ese momento, la enorme mano de Estoico descansaba sobre el menudo hombro de Hipo. Sus ojos estaban conectados. Los dos brillaban por lÃ¡grimas que no caÃ-an aÃºn. Estaban conscientes que serÃ-a la Ãºltima vez que se verÃ-an.

â€”Lo sÃ© papÃ¡â€”hablÃ³ Hipo al finâ€”Y te quiero. Has sido un buen padre.

Estoico resoplÃ³, recordando tiempo atrÃ¡s cuando Valhallarama reciÃ©n muriÃ³.

â€”He cometido mis erroresâ€”corrigiÃ³â€”Y lo sientoâ€¦

â€”No hay nada que disculpar.

Los dos se dieron un abrazo, tratando de congelar el momento. Sin Ã©xito.

â€”Ha llegado la hora.

Esa fue al frase que terminÃ³ con todo. Y que hizo caer la abrumadora realidad entre todos los presentes con mayor fuerza aÃºn. Los dos Tributos tenÃ-an que irse a cumplir con su destino. No habÃ-a ya marcha atrÃ¡s. No habÃ-a mÃ¡s opciones. No habÃ-a nada que hacer.

MÃ¡s que dejarlos ir.

-o-

Los Mensajeros escoltaron a los Tributos desde el Gran Comedor hasta el puerto. Descendieron pasando por todo el pueblo; en el centro la gente se habÃ-a arremolinado para verlos por Ãºltima vez. Todos tenÃ-an en sus manos unas antorchas encendidas. Cuando Hipo y Astrid llegaron a la plaza central, la enorme antorcha que se elevaba por encima de las casas fue encendida con el fuego de todos los ciudadanos. Simbolizaba una antigua tradiciÃ³n de vikinga. Los cuerpos de los guerreros eran colocados en un bote y quemados hasta que el mar lo acogiera en el eterno reposo para ser enviado al Valhalla.

Ya que sus cuerpos nunca mÃ¡s iban a volver, la enorme antorcha del

pueblo permanecerÃa encendida hasta el dÃa que los Juegos terminaran. AsÃ las personas podrÃan despedirlos como los hÃ©roes que en verdad eran. Pam, que estaba acostumbrada a ver esa antorcha, la mirÃ³ con desprecio. Al igual que otros Mogandianos consideraba inferiores a los vikingos de las demÃ¡s tribus y despreciaba sus tradiciones, considerando que exageraban. En vez de considerar el evento una desgracia deberÃan festejar Â¡MÃ³gandi los estaba protegiendo, cuidando y velando por su protecciÃ³n! Y a cambio pedÃa solamente dos chicos al aÃ±o. El precio le parecÃa increÃblemente bajo.

Astrid e Hipo vieron la antorcha brillante; el sol comenzaba a esconderse por el horizonte y las llamas alumbraban los sectores que ya podÃan verse oscuros. Ambos muchachos vieron en las llamas el honor que todos depositaron sobre sus personas, y continuaron caminando, intentando lucir fuertes y firmes. Sabiendo que, sin embargo, esa valentÃa pronto iba a caer.

Bajaron al muelle escalÃ³n por escalÃ³n, mientras a coro la gente del pueblo entonaba una suave canciÃ³n vikinga.

Y el guerrero valiente, de noble corazÃ³n

PartiÃ³ a la guerra a salvar su naciÃ³n

Valiente soldado, que jamÃ¡s volviÃ³

Cuya alma sin embargo, vivirÃ¡ en nuestra canciÃ³nâ€¦

Hipo casi solloza. Esa misma nana se la cantaba su difunta madre cuando era un niÃ±o. Se contuvo ante la desgarradora ironÃa y subiÃ³ con un elegante salto al barco de los Mogandianos. Astrid subiÃ³ detrÃ¡s de Ã©l.

La nave zarpÃ³ apenas diez minutos despuÃ©s. Ambos muchachos se quedaron en la proa, contemplando su tribu alejÃ¡ndose. El atardecer pronto trajo la noche. La incandescente llama de la antorcha brillÃ³ a la distancia hasta que ambos se quedaron dormidos.

* * *

><p>Â¿Les gustÃ³? espero que si.<p>

MuchÃsimas gracias por leer =)

chao!

3. MÃ³gandi

NADA DE ESTO ME PERTENECE, LOS PERSONAJES SON DE DREAMORKS, SOLAMENTE ME DIVIERTO AL ESCRIBIR.

Â¡Hola a todo el mundo!

Lamento mucho haberme tardado con Ã©ste capÃtulo, no crean que iba a abandonar la historia, es que tuve unos exÃ¡menes muy importantes previos a los finales Â¡Finalmente terminarÃ© el curso escolar! ando patinando mucho en fÃsica y mate asÃ que espero me recen un padrenuestro please...

Cambiando el tema, muchas gracias a todas las personas que han leÃ-do este proyecto Â¡Significa mucho para mÃ-! Se habrÃ¡n dado cuenta que las cosas han estado tranquilas, por ahora. De a poca irÃ¡ empezando la acciÃ³n =)

Comentarios:

anny: Â¡Hola! me alegra mucho que te haya gustado. Mis demÃ¡s historias no las tengo olvidadas, pero actualizarlas se me hace muy difÃ-cil por cuestiÃ³n de tiempo e inspiraciÃ³n. Pero estoy segura de que terminarÃ©_ War_ a finales o principios del aÃ±o.

Veddartha: Â¡hola! no sabes cÃ³mo me alegra volver a saber de ti. Si puedes mandarme los libros, hazlo por favor. Un amigo que los tiene no los quiere soltar por nada del mundo... en realidad mi historia no va a tomar todo el rumbo de la trilogÃ-a, sÃ³lo estÃ¡ basado en ellos, muchas cosas las voy a cambiar (creo). Me alegro que mis historias (y traducciones) te gusten. Igualmente, aunque no te dejo comentarios en todas ya sabes que me gustan muchos tus fics. Espero y disfrutes de Ã©ste capitulo =)

meliandrade: si quieres puedes verla. Aunque la pelÃ-cula no me gusto mucho, te recomendarÃ-a mÃ¡s el libro. De cualquier forma, es una adaptaciÃ³n, asÃ- que todo lo explicarÃ© detalladamente para que no se queden con las dudas.

FanÃ¡tico Z: Â¡Tus Ã¡nimos me halagan de sobre manera! *sonrojo* mil gracias. Tus buenos deseos han echado raÃ-ces, me siento con inspiraciÃ³n para mis fics Â¡Disfruta mucho este capitulo, por favor!

* * *

><p><strong>Capitulo 3<strong>

MÃ³gandi

.

.

AÃ±os atrÃ¡s, las regiones escandinavas estaban despobladas. EncontrÃ¡ndose al norte del continente, donde el hielo suele cubrirlo todo la mayor parte del aÃ±o, nadie se interesÃ³ en explorarlas. Eso hasta que llegaron los vikingos, un pueblo de aguerridos soldados que se enfrentaban a cualquier adversidad con la cara en alto. No necesitaron ni pelear para poder apoderarse de los terrenos.

Los vikingos eran muchos y conforme mÃ¡s terreno alcanzaban, mÃ¡s se iban separando. Se concentraron en trece pueblos principales, que fueron creciendo en ganaderÃ-a, agricultura y comercio. Aunque las tribus coincidÃ-an en una misma religiÃ³n y un mismo sentimiento de orgullo, fueron separÃ¡ndose mÃ¡s y mÃ¡s, manteniÃ©ndose unidas por el comercio.

Pero pronto se encontraron con enemigos comunes. Los dragones, originales habitantes de esos territorios, regresaron a reclamar su lugar. Los vikingos no tardaron en convertirse en diestros luchadores para atacar dragones. Pero esa guerra se les juntÃ³ con un repentino

ataque de celtas y romanos, que ansiaban expandir sus respectivos imperios.

Conscientes de que por separado jamÃ¡s podrÃ-an afrontar tales luchas, las trece tribus decidieron unirse. La Tribu mÃ¡s grande de todas era la de MÃ³gandi. Ã‰sta se encontraba en el centro del territorio escandinavo, en una isla que era rodeada por todas las demÃ¡s tribus. Era prÃ³spera en la pesca, en la caza y en el cultivo. En el Gran Consejo de MÃ³gandi los Jefes de todas las Tribus unieron sus fuerzas.

Fueron aÃ±os de batallas impresionantes. El ejÃ©rcito vikingo estaba divido. Una parte que batallaba con los romanos y celtas, otra parte se encargaba de exterminar a los dragones cuando atacaban las aldeas. La estrategia decayÃ³ al primer aÃ±o y los celtas penetraron las tribus mÃ¡s sureÃ±as. Eso mientras los romanos rodearon el territorio atacando las tribus del norte.

Ganando mÃ¡s y mÃ¡s territorio, las tribus fueron cayendo de una en una para convertirse en provincias romanas o celtas. Pero los vikingos jamÃ¡s se rindieron. Aumentando sus nÃºmeros y cambiando de estrategia, decidieron usar a los dragones. En vez de matarlos los capturaban, muchos soldados fueron entrenados para colocar especiales trampas y ademÃ¡s adiestrados para domar las feroces bestias. Luego, las soltaban en los campamentos romanos causando una enorme destrucciÃ³n.

Al ver a esas criaturas, los celtas se rindieron levantando sus tropas y marchÃ¡ndose sin decir nada mÃ¡s. Solo los romanos continuaron insistiendo. Un enorme ejÃ©rcito conformado solo por soldados de MÃ³gandi rodeo las tropas romanas y soltaron una enorme cantidad de dragones. La ferocidad de esa batalla fue descrita en Roma como una masacre. Y los vikingos no volvieron a ver naves romanas despuÃ©s de eso.

Solo que la victoria tuvo un altÃ-simo costo. Lo dragones no solamente destruÃ-an los campamentos romanos y mataban a sus soldados. TambiÃ©n atacaban fieramente las construcciones vikingas y a sus gentes. Todas las tribus fueron completamente destruidas, salvo la de MÃ³gandi y la de Dyr (Dyr tuvo varias bajas pero se mantuvo en pie)

Las personas estaban destrozadas. Sus casas fueron destruidas y si no murieron por los maltratos romanos, lo hicieron por el fuego se dragones desalmados. Pareciera que no habÃ-a nada que festejar. Eso hasta que MÃ³gandi, haciendo gala del llamado "Tratado de UniÃ³n" comenzÃ³ a mandar ayudas a las demÃ¡s Tribus.

Mandaba alimentos y hombres para que trabajaran, ayudÃ¡ndolos a reconstruir sus Tribus y levantando la moral por toda Escandinavia. El paÃ-s se lleno de gozo por la generosidad de MÃ³gandi; fueron pocos los que sospecharon de sus verdaderas intenciones. Y para cuando se dieron cuenta que pedirÃ-an algo a cambio, era demasiado tarde.

Los Jefes se quejaron cuando, en la reuniÃ³n del Consejo, la palabra del Jefe de MÃ³gandi estaba por encima de cualquier otra, como si Ã©l fuese un rey y los demÃ¡s simples plebeyos con privilegios. Notando los aires de superioridad que los Mogandianos estaban adoptando, los Jefes intentaron poner en alerta a su gente. No pudieron.

Sus Tribus apenas se estaban recuperando del todo cuando llegaron soldados mensajeros de MÃ³gandi. Ellos dijeron que, en compensaciÃ³n por las ayudas recibidas, deberÃ-an pagar un Tributo. Los Jefes pegaron un grito al cielo, pues cuando aceptaron la ayuda se les dijo que serÃ-a desinteresada. Los mensajeros alegaron que la fortuna de MÃ³gandi se habÃ-a evaporado cuando la destinÃ³ a ayudar a los demÃ¡s pueblos. Ellos debÃ-an retribuirle de alguna manera.

Los Jefes acordaron pagar un tributo a base de ganado y legumbres que serÃ-a mensual por cinco aÃ±os, que se cubrÃ-an los gastos. Pero la cuota fue subiendo mes con mes. Apenas seis meses despuÃ©s del impuesto, MÃ³gandi pedÃ-a una cantidad tan desmesurada que solo el pagarla dejarÃ-a en la hambruna total a los habitantes de las Tribus.

Incapaces de aceptar esa injusticia, los vikingos se levantaron en armas y dieron una valiente lucha contra MÃ³gandi, para mantener su libertad. Pero la Tribu estaba lista y habÃ-a levantado altÃ-simas murallas alrededor de sus territorios. AdemÃ¡s usaron la misma estrategia que con los romanos.

Los dragones fueron masacrando las tribus de una en una y los soldados mogandianos capturaban diariamente a mÃ¡s presos. Pronto no hubo nadie que en verdad pudiera luchar. Las Tribus, devastadas y destrozadas, debieron ceder ante MÃ³gandi. HabÃ-an perdido.

La rebeliÃ³n fue llamada DÃ-as Oscuros. Y nadie hablaba de ella. Era la peor vergÃ¼enza de todas las Tribus. Para imponer su autoridad sobre las demÃ¡s Tribus y que nunca jamÃ¡s pudieran revelarse nuevamente, MÃ³gandi instituyÃ³ los Juegos del DragÃ³n.

Anualmente, las doce Tribus Vikingas mandarÃ-an un chico y una chica de entre doce y dieciocho aÃ±os, como Tributos especiales. Ellos serÃ-an colocados en una arena especial donde dragones capturados serÃ-an soltados y deberÃ-an luchar por su vida. Si habÃ-a un sobreviviente a Ã©l o ella se le darÃ-a el tÃ-tulo de Ganador DragÃ³n y podrÃ-a vivir en MÃ³gandi si lo deseaba.

Vivir en MÃ³gandi significaba, entre las demÃ¡s cosas, una buena vida. Un buen trato y sobre todo, viajar por el mundo. Escapar mejor dicho. Nadie de las Tribus tenÃ-a derecho ni permiso de salir de Escandinavia, mÃ¡s que los mogandianos. Un bloqueo de navÃ-os de MÃ³gandi vigilaba todas las fronteras marÃ-timas y territoriales de Escandinavia. AdemÃ¡s, a la Tribu de donde provenÃ-a el Ganador DragÃ³n se le concedÃ-a el permiso de expansiÃ³n.

Las Tribus no podÃ-an expandir sus territorios ni medio metro, si la natalidad crecÃ-a los amontonamientos de casas creaban condiciones de vida no muy sanas. Lo ganadores ofrecÃ-an una vida relativamente mejor a sus Tribus correspondientes. Pero tampoco era extraÃ±o que ningÃºn solo vikingo saliera vivo de los Juegos.

Los aÃ±os fueron pasando. Las Tribus pudieron volver a ser decentes. Las reconstrucciones habÃ-an terminado. Pero los Juegos seguÃ-an. Y el poderÃ-o de MÃ³gandi sobre todos ellos no desaparecÃ-a. Ellos siempre se mostraban fuertes e intimidantes sobre las demÃ¡s Tribus y no permitÃ-an ningÃºn contacto entre ellas mismas. HabÃ-an tenido gran cuidado en que las posibilidades de rebeliÃ³n fueran nulas.

-o-

â€”Linda noche Â¿eh?â€”dijo Astrid.

Hipo estaba sentado sobre una caja en la proa, viendo las lejanas y brillantes estrellas que creaban un singular brillo plateado en las olas del mar. Viajar en barco era algo prohibido para las Tribus. Ellos tenÃ-an solamente lanchas minÃºsculas que les permitÃ-an cazar a no menos de quince metros de la costa. Eso claro disminuÃ-a muchas posibilidades de encontrar alimento.

Era frecuente que muchas personas en las Tribus murieran de hambre; afortunadamente no era asÃ- en Berk. Pero el vaivÃ©n de la nave estaba mareando a Astrid quien decidiÃ³ caminar un rato porque no soportaba su cuarto con la cama demasiado grande. Los Tributos eran tratados como reyesâ€¦ por muy poco tiempo.

La noche, frÃ-a, hizo que Astrid se abrazara a sÃ- misma cruzando los brazos. Hipo no parecÃ-a inmutarse con nada. Al final, le respondiÃ³:

â€”Aterradoraâ€”corrigiÃ³.

â€”Tienes razÃ³n.

Aterradoraâ€¦ como el destino que estaban por enfrentar.

Astrid se recargÃ³ en el borde de la proa, viÃ©ndolo fijamente. Hipo tenÃ-a la cabeza baja, los mechones castaÃ±os cubrÃ-an sus ojos y las manos entrelazadas indicaban nerviosismo. SabÃ-a lo que sentÃ-a, pero no lo hacÃ-a menosâ€¦llevadero.

HabÃ-a un silencio incÃ³modo entre los dos. Astrid e Hipo nunca hablaban entre ellos en Berk. Ella se la pasaba cazando o cuidando el ganado, enseÃ±Ã¡ndole a su hermana por las tardes. Ã‰l hacÃ-a armas y mantenÃ-a el carÃ¡cter de su padre de forma que no se saliera de control. De vez en cuando un saludo o una mirada discreta cuando se encontraban en la plaza o en las calles. Pero nada mÃ¡s.

Hipo mirÃ³ de reojo a la bella rubia que tenÃ-a en frente. Astrid por naturaleza captaba la mirada de cualquier persona que la viera caminar. Su porte altivo, su sonrisa discreta, sus ojos azules, su cabello dorado, su carÃ¡cter de fieraâ€¦ era una vikinga guerrera y tan hermosa como para ser valkiriaâ€¦ aÃ±os enteros la veÃ-a a la distancia, desde la fragua, donde nadie podÃ-a percatarse de que el heredero estaba espiando descaradamente a la hija mayor de los Hofferson.

No soportaba el silencio; en absoluto. Hipo tenÃ-a los Ã¡nimos muy bajos, jamÃ¡s pensÃ³ las circunstancias que envolverÃ-an la primera conversaciÃ³n real entre ellos dos. Pero al menos, querÃ-a que fuera una buena charla. De esas que se recuerdan. PensÃ³ las palabras correctas un par de minutos.

â€”Fue muy valiente lo que hiciste.â€”dijo Hipo, captando inmediatamente la atenciÃ³n de la vikingaâ€”Para salvar a su hermana.

Astrid se encogiÃ³. No se esperaba un halago por parte de Ã©l en

medio de la noche. Pero respondiÃ³ recordando la desesperaciÃ³n del momento.

â€”No iba a permitir que la mataranâ€”fue su respuestaâ€”Brutilda es buena peleando, pero les tiene pavor a los MÃ³gandianos. Hubiera muerto en cuestiÃ³n de minutos.

â€”Â¿Y tÃº no?

â€”Por mÃ- que se vayan al infiernoâ€”agregÃ³ con enfadoâ€”Pero jamÃ¡s les temerÃ©, pase lo que pase.

â€”TÃº eres valiente, siempre lo has sidoâ€”Hipo pareciÃ³ perderse por un momento en sus pensamientosâ€”Creo que siempre lo serÃ¡s.

Astrid escondiÃ³ un sonrojo ante esas palabras, bendiciendo la oscuridad. Ni siquiera sabÃ-a por quÃ© reaccionaba asÃ-.

â€”TÃº tambiÃ©n eres valienteâ€”repuso la rubiaâ€”Viniste con la espalda en rectoâ€¦ muchos otros lo hacen llorando

El bufÃ³.

â€”Soy cobardeâ€”declarÃ³â€”Mi madre muriÃ³ defendiendo al pueblo de los mÃ³gadianos Â¿y que hago yo? Les obedezco Â¡QuÃ© patÃ©tico!â€”se dejÃ³ caer con frustraciÃ³nâ€”PapÃ¡ hubiera hecho una locuraâ€¦

â€”Â¿Estoico?â€”Astrid sabÃ-a que Estoico e Hipo eran muy unidos.

â€”SÃ-â€¦ Ã©l querÃ-a enfrentarlosâ€¦ no querÃ-a que me llevaran.

â€”Es muy lÃ³gicoâ€”ella, guiada por un valor extraÃ±o, se sentÃ³ a su lado en la cajaâ€”Ã‰l es tu padre y quiere protegerte.

â€”Algo asÃ-â€¦

Hipo pensaba en su papÃ¡ y en los hechos acontecidos aÃ±os atrÃ¡s, a la muerte de su madre. Astrid no sabÃ-a ya quÃ© decir; ella tenÃ-a suerte, sus padres estaban bien, su hermana igual, tenÃ-an dinero, comida y animales. Hipo podrÃ-a ser un excelente herrero y heredero de la Tribu, pero no borraba la huella de MÃ³gandi; eso jamÃ¡s le devolverÃ-a a su madre.

Astrid pensÃ³ en su propia madre. SabÃ-a que ya nunca mÃ¡s la verÃ-a y esa idea era aterradoramente espantosa, no se dejaba pensar en eso. Pero no serÃ-a ella quien se quedara en vida para recordarloâ€¦ se irÃ-a pronto. Sus padres Â¿QuÃ© harÃ-an? Â¿Y quÃ© serÃ-a de Brutilda?

Hipo suspirÃ³, viendo hacia las enormes y bellas estrellas.

â€”MamÃ¡ decÃ-a que desde las estrellas, se puede ver todo e incluso controlar el mundoâ€¦ es donde los dioses se sientan para contemplarnosâ€¦ donde las esperanzas se materializan.â€”cerrÃ³ los ojos.â€”Â¿TÃº crees que hay algo allÃ¡ arriba? Â¿De verdad?

Astrid bajÃ³ su mirada.

â€”SÃ-â€¦ debe haber
algo.

â€”Libertad.

â€”Â¿QuÃ©?

â€”Libertadâ€”la voz de Hipo repentinamente tenÃ-a mÃ¡s firmeza y convicciÃ³nâ€”Eso quiero. Eso queremos todos. Libertad.

â€”Es peligroso pensar de esa forma Hipoâ€”le reprendiÃ³ la rubia, un poco asustadaâ€”Mejor vÃ¡monos a dormir, nos queda una larga noche.

â€”Supongo que tienes razÃ³nâ€”pero Hipo mirÃ³ las estrellas antes de ponerse de pie.

Pero mientras caminaba al interior del barco, la mente de Hipo evocÃ³ memorias lejanas. Usualmente el chico no pensaba mucho en su madre, porque le traÃ-a recuerdos malos y tristes. Pero Ã©sta vez fue un recuerdo dulcemente tenaz. Uno que, sin esperarlo, cambiarÃ-a por completo no solo su actitud, si no el rededor.

â€”OcÃºpate siempre en vivir, o en morir hijo mÃ-oâ€”le dijo Valhallamara con una firme sonrisaâ€”Pero ocÃºpate de lleno en lo que decidas.

Hipo no querÃ-a morir. SentÃ-a que no era su momento Â¡Ã‰l querÃ-a vivir! Viendo hacia las estrellas por Ãºltima vez, casi podrÃ-a jurar que todas brillaron al unÃ-sono, conformes de su elecciÃ³n. Eso le dio mÃ¡s motivaciÃ³n.

Sin saberlo, esa noche, con esa decisiÃ³n, Hipo cambiÃ³ para siempre el destino de Escandinavia.

-o-

MÃ³gandi era una ciudad hermosa.

Las altÃ-simas murallas que rodeaban la esplÃ©ndida isla, completamente urbanizada, tenÃ-an mÃ¡s de cinco metros de altura. Y torres de vigilancia cada cien metros mantenÃ-an un estricto control de quiÃ©n se acercaba a la ciudad. HabÃ-a solamente cuatro puertas en los cuatro puntos cardinales, tan arduamente vigiladas, que pasar era sencillamente imposible.

La isla no era muy grande, Berk era fÃ¡cil tres veces mÃ¡s grande en territorio, no asÃ- en poblaciÃ³n. No habÃ-a ni un solo cultivo en la ciudad, todo estaba cubierto de casas y edificios. MÃ³gandi se alimentaba con los animales y cereales de todos los demÃ¡s pueblos. Literalmente era un parÃ¡sito de Escandinavia.

Pero era la Ãºnica Tribu bien construida. En el centro de la ciudad estaba el hermoso y enorme Palacio hecho de piedra, rodeado por otro muro. Era tan alto, que las torres de aquella estructura podÃ-an verse a la lejanÃ-a por encima de los muros exteriores. HabÃ-a mercados extensos donde llegaban los comerciantes de otras regiones, con puestos de madera bien tallada y techos de forma que la sombra

protegiera las frutas de temporada. Las bellas telas y curiosidades del lugar ofrecÃ-an una brillosa vista de despilfarro.

HabÃ-a muchos lugares y atracciones, todo diseÃ±ado para un pueblo que en vez de trabajar vive a expensas de las demÃ¡s Tribus y por ende, debe entretenerse; eso quiere decir lindos parques para pasear, lugares donde vendÃ-an comida preparada y otros mÃ¡s donde cantantes exponÃ-an sus bellas voces. De todos esos lugares, habÃ-a uno que sobresalÃ-a de los demÃ¡s, el favorito Â¿CuÃ¡l era? La arena.

La arena estaba en la parte sur y por ello, los barcos con los tributos entraban por la puerta sur. La arena estaba anexada con un esplÃ©ndido complejo de habitaciones con el mÃ¡s alto lujo llamada Tributatorio, donde los Tributos vivirÃ-an hasta el dÃ-a de los Juegos.

La arena tenÃ-a gradas altas y era tan grande que ocupaba casi la mitad de la ciudad. El domo de metal que cubrÃ-a la cubrÃ-a protegÃ-a a los espectadores de los dragones que luchaban contra los pobres Tributos a muerte. Ellos veÃ-an dÃ-a y noche, siempre que tenÃ-an el tiempo, haciendo apuestas y lanzando gritos de emociÃ³n mientras mÃ¡s sangre era derramada y mÃ¡s cosas quemadas.

â€”Â¿No es hermoso donde vivirÃ¡n ahora?â€”les dijo Pamâ€”Â¡Es un verdadero honor que puedan vivir como mÃ³gandiano aunque sea unos dÃ-as!

A Astrid le dieron ganas de golpearla. Menos mal que Hipo la detuvo.

Estaban sentados en una especie de carrito, que era tirado por dos caballos. Era lindo, cÃ³modo. Todas las personas les daban paso con sonrisas y lanzÃ¡ndoles mil vÃ-tores. Era parte del espectÃ¡culo. Recibidos como hÃ©roes.

VeÃ-an a esas personas frÃ-volas como ellas solas. NiÃ±as que lucÃ-an vestidos bordador, quejÃ¡ndose por su muÃ±eca vieja que le regalaron hace dos semanas; mujeres que deseaban ponerse otro color de maquillaje; hombres que deseaban una capa de piel mÃ¡s gruesa. Cosas que en las demÃ¡s Tribus no se conocÃ-an. No se podÃ-an conocer. La represiÃ³n era tan intensa, que ver la cantidad de libertad y lujos entre los mÃ³gandianos acrecentÃ³ la ira de Hipo y Astrid.

Mientras iban hacia el Tributatorio, vieron que las casas de MÃ³gandi eran mucho mÃ¡s grandes, mÃ¡s finas y muy hermosas. Construidas para deleitar la vista. HabÃ-a escuelas y bibliotecas Â¡Escuelas! Hipo lloro una semana entera a sus padres para que construyeran un cuartito donde podrÃ-a aprender; debiÃ³ conformarse con las clases de escritura de su madre, la Fragua donde lo consiguiÃ³ meter su padre; y los libros que de vez en cuando su papÃ¡ alcanzaba a traficar de piratas.

Los libros y cualquier forma de conocimiento estaban prohibidas en las Tribus. Una vez al aÃ±o, un orador proveniente de MÃ³gandi llegaba, reunÃ-a a todo el pueblo, les daba lecciones de historia donde realzaba la grande de MÃ³gandi y despreciaba a las demÃ¡s Tribus como seres bÃ¡rbaros, inÃºtiles y estÃºpidos que debieron ser sometidos por su propio bien.

â€”Como buena gente que somos, decidimos que no podÃ-an destruirse a

sÃ- mismos Â¡DebÃ-amos hacer algo para salvarlos! Pero eran tan salvajes que en vez de aceptar nuestra ayuda pensaron que era una desgracia, que intentÃ¡bamos destruirlos. Nos vimos obligados a usar la fuerza para que sobrevivieran y pudieran prosperar en las bellas tribus que se estÃ¡n convirtiendoâ€¦

Pero Hipo jamÃ¡s creyÃ³ en esas mentiras, ni Astrid. En realidad, casi nadie. Los padres siempre les decÃ-an a sus hijos la verdad y les inculcaban desde bebÃ©s que no se debÃ-a confiar en ningÃºn vil mÃ³gandiano.

â€”Hemos llegadoâ€”anunciÃ³ Pam.

Y efectivamente. El enorme y alto edificio tenÃ-a el letrero de bellas letras que decÃ-a:

Tributatorio.

* * *

><p><em><em>Como se habrÃ¡n dado cuenta, este es un capÃ-tulo muy explicativo. Ya saben ahora cÃ³mo MÃ³gandi se hizo del control de las demÃ¡s Tribus y ademÃ¡s tienen una idea de cÃ³mo es la gente mÃ³gandiana. La charla entre Hipo y Astrid estÃ¡ basada en un diÃ¡logo de la pelÃ-cula_ SueÃ±o de Fuga_. No es para nada igual, pero tiene el mismo sentido y de hecho, ahÃ- fue de donde saquÃ© la frase de Valhallarama "Ocuparte en vivir, o morir" De ahÃ- parte casi todo el meollo.

En el prÃ³ximo capÃ-tulo veremos a mÃ¡s personajes y tambiÃ©n, conoceremos un poco de las otras Tribus, no creo ponerlas a todas porque cada una lleva su nombre y creo que serÃ-a muy confuso, aunque bueno... me las ingeniarÃ© xD

Â¡Mil gracias por leer!

chao!

4. Los Tributos

NADA DE ESTO ME PERTENECE, LOS PERSONAJES SON DE DREAMWORKS Y SOLAMENTE ME DIVIERTO AL ESCRIBIR.

Â¡Hola a todo el mundo! Â¿como han estado? se que me tarde en traerles este episodio pero al menos estÃ¡ un poco mÃ¡s largo que los anteriores. A partir de maÃ±ana estarÃ© en completas vacaciones y al fin mis actualizaciones serÃ¡n mÃ¡s frecuentes-a no ser que las musas se me vayan-Para quienes lean mi fic "War" ese sÃ- me estaba causando problemas, pero espero para antes del aÃ±o nuevo subirle un capÃ-tulo mÃ¡s :)

Comentarios:

meliandrade: Â¡Hola! me alegra que te haya gustado mucho y tambiÃ©n que hayas entendido, si tienes cualquier otra duda con gusto te la disipo :)

Veddartha: que bueno que estÃ© describiendo bien las cosas, lamento haberme tardado en actualizar pero aquÃ- estÃ¡ el capÃ-tulo ;) te

mandarÃ© la direcciÃ³n de mi correo en un mensaje persona. MuchÃ-simas gracias por facilitÃ¡rmelos :D

nameless666: espero que conforme avance la trama te siga gustando la forma que le doy a la historia. CambiarÃ© muchas cosas pero la esencia se mantendrÃ¡ ;)

Fanatico Z: Â¡sÃºbelas! que el miedo no te detenga. Mis primeras historias nadie las leyÃ³. Si quieres te puedo ayudar, hazte la cuenta y asÃ- podremos mantenernos en contacto mÃ¡s fÃ¡cilmente =) (lamento haberme tardado tanto en responderte)

Â¡Disfruten de este capitulo!

* * *

><p><strong>Capitulo 4<strong>

Los Tributos

.

El Tributatorio era enorme, un edificio tan grande que a simple vista se podrÃ-a confundir con un palacio. Hipo y Astrid miraron sorprendidos el lugar cuando las puertas se abrieron, dejÃ¡ndoles pasar. La hermosa habitaciÃ³n de recepciÃ³n era tan grande, como un comedor mayorâ€¦ el fuego en el centro crecÃ-a calentando la zona de forma homogÃ©nea. Era tan bello.

El lugar tenÃ-a a varios jÃ³venes caminando, hablando y uno que otro sentado en los sillones. HabÃ-a un grupo que lucÃ-a confiado y otro mÃ¡s de pequeÃ±os asustados. Todos voltearon a ver curiosos a los reciÃ©n llegados.

â€”Â¡Maravilloso!â€”dijo Pamâ€”Ya han llegado todos los demÃ¡s Tributos. Subiendo las escaleras de al fondo estÃ¡ el pasillo de las habitaciones. Entren en la puerta que diga Berk.

Pam caminÃ³ hacia la salida.

â€”Â¡Los verÃ© maÃ±ana en el desayuno! disfruten su nuevo hogar.

Y sin mÃ¡s, saliÃ³.

Hipo tragÃ³ saliva. JamÃ¡s habÃ-a sido bueno a la hora de socializar. Incluso en su Tribu, donde naciÃ³ y creciÃ³, tuvo muchos problemas hasta encontrar un lugar cÃ³modo y personas mÃ¡s o menos agradables. No se le daba para nada conversar ni mucho menos llevarse con la gente. Ahora le dejaban solo en una enorme mansiÃ³n llena de personas desconocidas. Claro, conocÃ-a a Astrid, pero ella era hermosa, inteligente y perfectamente capaz de llevar una buena conversaciÃ³n con las demÃ¡s personas. Estaba perdido. Muerto antes de que sacaran a los dragones de sus jaulas. QuÃ© patÃ©tico.

Astrid caminÃ³ sin demora hacia las escaleras. No querÃ-a perder el tiempo en conocer a las personas que iban a morir. El lugar y esos pensamientos generales eran lÃºgubres, pero de cierta forma, realistas. Y eso era aÃºn mÃ¡s deprimente. SubiÃ³ peldaÃ±o por peldaÃ±o sin voltear a ver a nadie.

Hipo la mirÃ³ irse y descubriÃ³ que tenÃ-a hambre. Si iba a morir en un par de dÃ-as, mÃ-nimo hacerlo bien comido. En la cocina que estaba en la parte este habÃ-a cocineros expertos dispuestos a prepararle cualquier manjar.

Mientras esperaba a que le dieran su pescado, tomÃ³ asiento en una de las tantas mesas. Se dio cuenta que habÃ-a una muchachita delgada y atlÃ©tica sentada en la mesa de al fondo. Ella tenÃ-a enfrente unos pasteles preciosos y apetitosos, asÃ- como lo que parecÃ-a ser una botella de vino. No comÃ-a nada.

TenÃ-a el cabello castaÃ±o claro, casi rubio, recogido en dos lindas trenzas que caÃ-an en ambos lados de su rostro. LucÃ-a apagada, triste y resignada. Ã‰l comprendÃ-a perfectamente esa actitud.

Pronto entraron mÃ¡s tributos al comedor. Le llevaron a Hipo su pescado, olÃ-a delicioso. Ã‰l no le hizo caso a los que acababan de llegar y para cuando se dio la vuelta, la linda castaÃ±a habÃ-a desaparecido. Suspirando, comenzÃ³ a comer. Fue en eso cuando se le acercÃ³ un muchacho delgado y rubio.

â€”Â¿Pescado?â€”preguntÃ³.

â€”SÃ-â€”fue su respuestaâ€”Â¿Quieres?â€”Hipo siempre era muy cortÃ©s.

â€”No graciasâ€”le dijoâ€”Me llamo Brutacio. Soy de la Tribu Esver.

Esver era una Tribu ubicada al norte de Berk, muy al norte. Era quizÃ¡ la tribu mÃ¡s frÃ-a de todas. Pero estaba llena de minas de carbÃ³n y metales preciosos. Era increÃ-blemente rica. Aunque estÃ¡ de mÃ¡s decir que la mayorÃ-a del producto que sacaban los vikingos mineros terminaba en las construcciones y bolsillos de mogandianos.

â€”Hola Brutacioâ€”saludÃ³â€”Yo soy de la Tribu Berk.

â€”Â¿Berk?â€”abriÃ³ los ojos casi con espantoâ€”Esa tribu es legendaria.

â€”Â¿Lo es?â€”Hipo entrecerrÃ³ los ojos confundido.

â€”Â¡Claro que sÃ-! AhÃ- es donde mÃ¡s ataques de dragones acontecen Â¿No es asÃ-?

Hipo suspirÃ³.

SÃ-, era cierto. Los dragones que no eran capturados aÃºn causaban estragos mÃ¡s en Berk que en cualquier otro lugar, en parte porque las costas frÃ-a de Berk daban un gran abasto al bosque mÃ¡s imponente de toda Escandinavia. Las altas montaÃ±as de ese bosque era tan idÃ³neas para los reptiles lanzallamas. Las tropas de MÃ³gandi siempre estaban cerca, con sus jaulas y armas. Al primer ataque se lanzaban por los dragones para capturarlos, pero no se preocupaban en defender a las personas. Era por eso que Hipo siempre se la pasaba haciendo armas y mÃ¡s armas. De esa manera los vikingos entrenaban

para defenderse de los dragones. Aunque, los Ãºltimos aÃ±os, los ataques habÃ-an descendido bruscamente.

â€”SÃ-â€”le dijo Hipoâ€”Pero ya no hemos tenido muchos ataques Ãºltimamente.

â€”Cuando lleguÃ© aquÃ- me dijeron que en Berk se estaban armando muchos complotsâ€”le susurrÃ³, cuidando que nadie escucharaâ€”Que empezaron cuando una mujer se enfrentÃ³ cara a cara a los mÃ³gandianos Â¿es cierto?â€”Hipo pudo ver en su voz y en sus ojos un sentimiento intenso y peligroso: esperanza.

â€”Era ciertoâ€”afirmÃ³â€”No hay nada, al menos no cuando vine.

â€”Y esa mujerâ€¦ Â¿la conociste? Se llamaba como el Valhalla Â¿No?

â€”Valhallaramaâ€”confirmÃ³ Hipoâ€”Era mi madre.

Sin comer un bocado mÃ¡s, se puso de pie y saliÃ³ del comedor, no quiso escuchar mÃ¡s preguntas de ese Brutacio.

El recuerdo de su madre le habÃ-a perseguido desde que pisÃ³ el barco para ir a MÃ³gandi. Ã‰l la recordaba perfectamente. Era una mujer hermosa, robusta como cualquier vikinga, pero de complexiÃ³n bella. Sus ojos eran de un verse intenso y chispeante. Ã‰l los habÃ-a heredado. Y su cabello de castaÃ±o oscuro parecÃ-a madera lisa, trenzada alrededor de un casco pequeÃ±o. Siempre tenÃ-a una amplia sonrisa en sus labios claros y su mirada llena de afecto.

Valhalla. La Tierra prometida. La tierra de gloria donde los dignos serÃ-an eternamente atendidos como reyes hasta que se desatara el Ragnarook. Se decÃ-a que el lugar era de una belleza sin igual, donde la paz se respiraba, la libertad fluÃ-a y los placeres se cumplÃ-an como deseos. Valhalla era donde se le daba su recompensa a los valientes. No tenÃ-a duda de que su madre haciÃ©ndole honor a su nombre estaba en el Valhalla.

Cuando su madre fue asesinada toda la gente en Berk cogiÃ³ sus armas y comenzaron a pelear contra los mogandianos, hastiados de su poderÃ-o. La derrota fue casi humillante, les obligaron a rendirse de forma sÃ¡dica. Hipo recordaba perfectamente ese dÃ-a, cuando las llamas consumieron todas las casas elevando un humo negro hasta el cielo. Los gritos de pelea se apagaban cuando una persona morÃ-a. Y cada minuto caÃ-an mÃ¡s al suelo ensangrentado. Fue horrible.

â€”Â¡Hey!â€”Brutacio le gritÃ³, acercÃ¡ndoseâ€”Lo lamento no sabÃ-aâ€¦

â€”No tenÃ-as porquÃ© saberloâ€”se encogiÃ³ de hombrosâ€”Pero no es algo que me guste recordar.

Una vez vencidos, Pam se parÃ³ encima de toda la tribu. GritÃ³ que ese comportamiento serÃ-a duramente castigado y asÃ- fue. Ese aÃ±o se llevaron a dos chicos y dos chicas a los Juegos del DragÃ³n, escogidos al azar. Y despuÃ©s aumentaron el impuesto al triple. Ese invierno casi toda la comida se debiÃ³ usar para pagar el impuesto y los que no habÃ-an muerto en pelea lo hicieron de hambre. Hipo sobreviviÃ³ a duras penas, en parte gracias a BocÃ³n. Se le conociÃ³

como Invierno de Luto. En la primavera los que no murieron pudieron ver con esperanza que la Tribu se reponÃa. Pero el espÃritu decayÃ³ lo suficiente. En el verano, a la llegada de los mogandianos, nadie hizo nada, nadie reclamo. Y vieron a sus hijos ser llevados con lÃ¡grimas en los ojos, pero sin hacer nada.

â€”En Esver nadie ha hecho nada como esoâ€”agregÃ³ Brutacioâ€”Pero sobran personas que quieran hacerlo. Nos falta el valor.

â€”A todas las tribus les falta el valorâ€”dijo una chica que apareciÃ³ de repente, con cabello rojo trenzado y ojos azulesâ€”Damos pena. Ya no merecemos ser llamados vikingos, y es por eso que los Dioses no nos ayudan.

Â¿Dioses? Hipo no creÃa en ellos. OdÃn, Thor, Feyr, Feiryaâ€¦. Â¡Todos ellos! QuizÃ¡ existÃan, quizÃ¡ no. Y en caso de que fueran reales no podÃa creer que permitieran tantas desgracias a su pueblo. Los vikingos caÃdos con honor y valentÃa debÃan ir al Valhalla, pero Â¿De dÃ³nde saldrÃan vikingos valientes si todos estaban oprimidos? Si les rezas y le eres leal a todos esos dioses te ayudarÃ¡n. Pero Hipo habÃa rezado mil veces tocas las noches pidiendo una hogaza de pan y Â¿saben quÃ©? Nunca la obtuvo. RezÃ³ por su madre y jamÃ¡s la volviÃ³ a ver. RezÃ³ por el amor de su padre y se lo dieron cuando les dio la gana. Seguro los dioses le odiaban, pues bien, Ã©l los odiarÃa.

â€”Los dioses no nos ayudan porque son unos convenencierosâ€”dijo Hipoâ€”Y como ya no somos fuertes ni poderosos, ya no estÃ¡n con nosotros. Eso es todo.

La chica pelirroja le vio con el ceÃ±o fruncido.

â€”Vaya amargado, Thor podrÃa mandarte un rayo por eso Â¿sabÃas?

â€”Que me lo mande Â¿quÃ© mÃ¡s da? MorirÃ© en unos dÃas, que se acorte el tiempo me vale.

La chica riÃ³.

â€”Me gusta tu actitud deprimenteâ€”le sonriÃ³â€”Me llamo Elga Â¿TÃº?

â€”Soy Hipo.

â€”Y yo Brutacioâ€”seÃ±alÃ³ el otro colÃ¡ndose a la conversaciÃ³n.

â€”Mucho gustoâ€”repusoâ€”Yo soy de la Tribu Veide Â¿ustedes?

â€”Yo soy de Berk y Brutacio de Esver.

â€”Â¿Berk?â€”Elga reaccionÃ³ exactamente igual que Brutacioâ€”Â¡La tribu rebelde!

Hipo bufÃ³.

SerÃa una larga tarde.

-o-

Dando una vuelta pronunciada en las escaleras, Astrid mirÃ³ el largo pasillo y todas las puertas. Cada una tenÃ-a el sÃ-mbolo de la Tribu y el nombre. Al fondo, casi aislada, estaba la de Berk. Apenas iba a entrar cuando la puerta de enfrente se abriÃ³ bruscamente golpeÃ¡ndola.

â€”Â¡Lo siento!â€”dijo una voz nerviosaâ€”No era mi intenciÃ³n yoâ€¦

El chico alto y muy regordete emergiÃ³ del umbral con un rostro lleno de culpa. Astrid suspirÃ³ cansinamente.

â€”No hay problemaâ€”repusoâ€”Ni me doliÃ³â€¦

â€”De verdad perdÃ³nameâ€”continuÃ³ como si no la hubiera escuchadoâ€”No te vi yâ€¦

Casi tartamudeaba. Astrid de verdad tenÃ-a ganas de tumbarse en una cama y agregÃ³ secamente:

â€”Ya, entendÃ-.

Pero el chico no se rendÃ-a.

â€”Soy Patapez Â¿Y tÃº?

ConteniÃ©ndose, la rubia se presentÃ³ algo hosca.

â€”Me llamo Astridâ€”dijoâ€”Soy de Berkâ€”seÃ±alÃ³ la puerta de su habitaciÃ³nâ€”Y quisiera descansar.

â€”Es que...â€”quÃ© fastidioso podÃ-a ser ese chicoâ€”Ya serÃ¡ la hora de cenar Â¿No quieres bajar? PodrÃ-as practicar un rato en la arena de entrenamiento.

Astrid se mostrÃ³ curiosa.

â€”Â¿Hay una arena de entrenamiento?

â€”Claroâ€”dijoâ€”A no ser que los de Dyr sigan ahÃ-.

â€”Â¿La Tribu Dyr?â€”Astrid sabÃ-a poco de las demÃ¡s tribus, apenas y recordaba los nombres. Pero la de Dyr era imposible de olvidar. Eran los traidores.

â€”Si. Se supone que debemos entrenar en esa arena antes de los Juegos. MaÃ±ana vendrÃ¡n entrenadores capacitados y todo eso. Pero los de Dyr siempre acaparan casi todas las armas y escudos.

â€”Son tramposos a final de cuentas Â¿no?â€”su sangre guerrera emergiendo por el coraje de los hechos pasadosâ€”No se podÃ-a esperar mÃ¡s de ellos.

La Tribu Dyr, cuando MÃ³gandi comenzÃ³ a imponer su autoridad sobre las demÃ¡s tribus, en vez de ayudar a sus compaÃ±eras se fue con el mÃ¡s fuerte. AcudiÃ³ a las juntas de rebeldes y despuÃ©s les entregÃ³ a los mogandianos todas las estrategias para que las Tribus fueran completamente derrotadas. Por su lealtad, MÃ³gandi premiÃ³ a Dyr y era la Ãºnica Tribu con privilegios. Todas las demÃ¡s Tribus le

guardaban rencor y nadie confiaba en un Dyrneo, de la misma forma que nadie creÃ-a la palabra de un mogandiano.

â€”Tienes razÃ³n.

Sin darse cuenta estaban caminando por el pasillo, dieron vuelta en otro corredor. Ã‰ste era mÃ¡s ancho y menos decorado, asomaba a un enorme espacio acondicionado con tierra, Ã¡rboles y armas por doquier. Dos chicos estaban saltando y girando de un lado al otro lanzÃ¡ndose armas y peleando diestramente como si fueran unos expertos luchadores.

Dragones de cartÃ³n salÃ-an de las paredes, acorde el circuito y ellos con punterÃ-a fina incrustaban sus hachas y espadas en ellos, destrozÃ¡ndolos con pocos movimientos. Era tan fiero, si esos dragones fueran reales ya estarÃ-a el suelo lleno de sangre y viseras. No tenÃ-an piedad, sus rostros se crispaban de un coraje asombroso al momento de pegar.

â€”Peroâ€¦ peroâ€¦

Astrid estaba casi en shock.

â€”Los de Dyr para variar hacen trampa todos los aÃ±osâ€”agregÃ³ Patapezâ€”Los entrenan desde que son niÃ±os y al momento de la Cosecha se ofrecen como voluntarios. Usualmente ellos ganan las competencias.

Astrid miraba sus movimientos.

â€”Son bastante buenos.

â€”Los propios luchadores mogandianos les enseÃ±anâ€”agregÃ³ Patapezâ€”Ya ves, estÃ¡ entre los privilegios de Dyr. Son entrenados y bien educados.

â€”Me dan ganas deâ€¦.

Astrid se contuvo. Lo Ãºltimo que querÃ-a era hacer enemigos a los pocos dÃ-as de morir. Pero Â¿quÃ© mÃ¡s daba? No es como si nadie lo fuera a saber.

â€”Lo sÃ©â€”agregÃ³ Patapez con una pequeÃ±a sonrisa, adivinando los pensamientos de su compaÃ±era.

Ella le mirÃ³. Hasta ese momento no se habÃ-a dado cuenta que era rubio y de unas facciones adorables. Tierno de una forma varonil. Hipo era algo asÃ-, pero mÃ¡s atractivo.

â€”Â¿Crees poder sobrevivir?â€”preguntÃ³ Astrid.

Patapez resoplÃ³.

â€”Por favor, sÃ© que serÃ© de los primeros en caer.

â€”CuÃ¡nta confianza Â¿eh?â€”dijo con ironÃ-a.

â€”Solo soy realistaâ€”sonaba aprehensivoâ€”Nadie estÃ¡ preparado para estoâ€¦ nadie salvo ellosâ€”seÃ±alÃ³ a los dos Tributos de Dyrâ€”Y francamente dudo mucho que los dragones se queden tan quietos

como esas maquetas.

â€”Mmâ€¦â€”a Astrid no le gustaba nada ese tono de voz y buscÃ³ otro tema del cual charlarâ€”Â¿De quÃ© tribu eres?

â€”Veide. Y tÃº de Berk. Dicen que sus montaÃ±as son enormes y hermosas.

â€”SÃ-â€”ella pensÃ³ en su hogar. El verde intenso de los Ã¡rboles no era comparable con ninguna otra tonalidad. Tan hermosoâ€”Es bello.â€”un dejo de dolor cubriÃ³ sus ojosâ€”No podrÃ© verlo nunca mÃ¡sâ€¦

PensÃ³ en su hermanita Brutilda y en sus padres. Dioses Â¡CuÃ¡ndo dolor!

â€”Â¿Mucha familia?â€”preguntÃ³ Patapez.

â€”Mis padres y mi hermanita pequeÃ±aâ€”respondiÃ³â€”De hechoâ€¦ mi hermanita fue escogida. Pero yo me ofrecÃ- en su lugarâ€”cerrÃ³ los ojos con el recuerdo fresco en su menteâ€”No la iba a condenarâ€¦

â€”Y te condenaste tÃº. Eso es muy noble.â€”su mirada estaba llena de comprensiÃ³n. Y de empatÃ-a.

â€”TÃº lo hiciste Â¿verdad?â€”preguntÃ³â€”Te ofreciste voluntario.

Patapez tardÃ³ en responder.

â€”SÃ-â€”dijo al finâ€”Ocupe el lugar de mi novia.

Astrid jadeo.

â€”Â¿Estabas comprometido?â€”le impresionaba. Los matrimonios usualmente ocurrÃ-an cuando los novios eran jÃ³venes, pero al menos en la mente de Astrid, casarse siempre fue la Ãºltima cosa por hacer.â€”Â¿Pues quÃ© edad tienes?

â€”Tengo dieciocho. Y estoy comprometido hasta que mueraâ€”reafirmÃ³â€”Al final no me sirviÃ³ de nada. Cuando me aceptaron, ella tambiÃ©n se ofreciÃ³ como voluntaria.

Por un momento Astrid sintiÃ³ coraje. Lo primero Â¡TenÃ-a dieciocho aÃ±os! Era su Ãºltimo aÃ±o en las cosechas. Aquello tenÃ-a que ser muy mala suerte y se vio tentada a maldecirle a los dioses. No podÃ-a ser justo Â¡Nada justo! Luego estaba la chica Â¡Su sacrificio fue para nada! Pero cuando la idea fue mejor asimilada en su mente, suspirÃ³ por los dos enamorados. Era enternecedor pues los dos morirÃ-an juntos. Una idea descabelladamente romÃ¡ntica en el mundo desesperanzador donde vivÃ-an.

â€”Eso suenaâ€¦ tiernoâ€”pensÃ³ en la palabra correctaâ€”Â¿Ella estÃ¡ aquÃ-?â€”preguntÃ³.

â€”En el comedorâ€”seÃ±alÃ³ la planta bajaâ€”Se llama Elga. Y es hermosa.

Astrid se asomÃ³ por donde Patapez seÃ±alaba.

â€”Â¿QuiÃ©n es?

â€”La pelirroja.

â€”Â¿En el sillÃ³n?

â€”SÃ-.

La chica era muy linda, debÃ-a reconocerlo. De cabello rojizo brillante y una sonrisa encantadora. Estaba sentada al lado de Hipo. Los dos charlaban muy amenamente. Astrid se cruzÃ³ de brazos.

â€”Bajemos a cenar Patapezâ€”le dijo, jalÃ¡ndolo un poco brusca hacia las escaleras.

Hipo vio la silueta delgada y el cabello rubio de Astrid cuando ella bajaba de las escaleras. Un alto y enorme chico la acompaÃ±aba. NotÃ³ que Elga a su lado se erguÃ-a casi orgullosa y sus mejillas se teÃ±Ã-an de rosado, con una cÃ¡lida sonrisa en sus labios.

â€”Â¡Hola!â€”Elga se puso de pie, caminando inmediatamente hacia el enorme chico y abrazÃ¡ndolo.

Astrid fue directamente hacia Ã©l.

â€”Holaâ€”la saludÃ³, pero la rubia no respondiÃ³ nada. Brutacio en cambio no disimulÃ³ nada cuÃ¡nto le agradÃ³ de vista la linda vikinga.

â€”Hola nenaâ€”le coqueteÃ³ Brutacio torpemente.â€”Â¿CÃ³mo te llamas?

Astrid bufÃ³.

â€”Â¿Y tÃº quiÃ©n eres?

â€”Brutacio de Esver para servirteâ€”dijo tÃ©tricamente.

â€”Genialâ€”replicÃ³ molestaâ€”Astrid de Berk Â¿me dejas en paz?

â€”Â¡De Berk!â€”Brutacio se apartÃ³ un pocoâ€”La compaÃ±era de Hipo.

â€”Â¿Lo conoces?â€”preguntÃ³ ella a Hipo.

â€”Mi primer amigoâ€”dijo el joven heredero con sarcasmoâ€”Y a pocos dÃ-as antes de morir. Los dioses me odianâ€”dijo lo Ãºltimo con rencor.

â€”Nos odianâ€”corrigiÃ³ Astridâ€”En finâ€¦

Ella se dio la vuelta y caminÃ³ a la cocina. A la distancia, Patapez y Elga se abrazaban con ternura sentÃ¡ndose en un sillÃ³n cercano al fuego. Algunos otros tributos se le quedaron viendo pero nadie dijo nada. HabÃ-a mÃ¡s jÃ³venes ahÃ- de los que Hipo recordaba haber visto

en Berk. Y era triste.

De repente la vio, sentada con un libro en frente de ella. Era la misma chica de cabello castaÃ±o que habÃ-a visto en el comedor. LucÃ-a tan hermosa y tranquila. Si iba a morir mÃ-nimo querÃ-a conocerla antes. Aunque sea saber su nombre.

â€”Se llama Camicaziâ€”le dijo Brutacio, viendo a la chica que veÃ-a fijamenteâ€”Ella es de mi tribu, Esver. Una niÃ±a genio debo decir.

â€”Camicaziâ€”quÃ© lindo nombre.

â€”No le gustan los chicos tontos

â€”CrÃ©eme que no lo soy.

Tonto no, pero tÃ-mido sÃ-, y no estaba seguro de cÃ³mo abordarla.

â€”Andaâ€”Brutacio le jalÃ³ con fuerzaâ€”Â¿QuÃ© puedes perder?

â€”Esperaâ€¦ yo noâ€¦

Pero le jalÃ³ hasta cruzar la sala y colocarse enfrente de Camicazi. Ella leÃ-a ansiosamente un libro. Hipo suspirÃ³; siempre le habÃ-a encantado leer. Su madre le enseÃ±Ã³ a leer y escribir, mientras que Estoico se las pasaba duras consiguiendo de traficantes y piratas unos cuantos libros. Hipo sabÃ-a que solo tener libros era un enorme privilegio, por eso nunca se quejaba aunque fueran de temas que le costara entender. Tuvo un poco de todos, libros de matemÃ¡ticas, botÃ¡nica y uno que otro de historia. Pero la cubierta del libro que sostenÃ-a Camicazi era distinta.

â€”Holaâ€”saludÃ³ Hipoâ€”Â¿CÃ³mo se llama el libro?

Brutacio se golpeÃ³ la frente. Al menos para su forma de pensar, aquella era una terrible forma de iniciar una conversaciÃ³n.

Camizai alzÃ³ su mirada y encontrÃ³ el par de curiosos ojos verdes. EsbozÃ³ una media sonrisa.

â€”Se llama Manual de Dragonesâ€”le respondiÃ³â€”Hay un par en cada habitaciÃ³n Â¿No viste el tuyo?

â€”No he subido a las habitacionesâ€”fue su respuesta, luego seÃ±alÃ³ el asiento a su ladoâ€”Â¿Puedo?

â€”Claro.

Hipo se sentÃ³ a su lado y asomÃ³ la cabeza para ver el contenido del libro. Las hojas eran amplias y gruesas, tenÃ-an dibujos muy bien hechos de dragones y anotaciones precisas.

â€”El Manual es como la biblia de los guerreros mogandianosâ€”dijo Camicaziâ€”En Ã©l estÃ¡ toda la informaciÃ³n sobre pelea contra dragones. Es interesante.

â€”Lo pareceâ€”Hipo leyÃ³ el tÃ-tuloâ€”MortÃ-fero Nadder. Nunca he

visto un dragÃ³n de esos.

â€”Es aterrador. De su cola lanza filosas dagas que le crecen en menos de cinco minutos.

Hipo abriÃ³ mucho los ojos.

â€”Â¿En serio?

â€”SÃ-â€”Camicazi sonaba muy emocionada. Ella siempre habÃ-a sido muy curiosa y en su Tribu nadie tomaba sus exploraciones en serioâ€”Â¿Quieres leerlo conmigo?

â€”Por supuestoâ€”Hipo sabÃ-a que debÃ-a sobrevivir. TenÃ-a en la mente bien clara la intenciÃ³n de salir vivo de la arena. No se darÃ-a por vencido y cualquier tipo de ayuda era bienvenida.

AsÃ- dieron la vuelta de hoja y encontraron el tÃ-tulo mÃ¡s extraÃ±o.

â€”Furia Nocturnaâ€”Camicazi estaba impresionada.â€”No hay ni un solo dibujo.

â€”Y mira lo que diceâ€”seÃ±alÃ³ Hipoâ€”CrÃ-a maligna del relÃ¡mpago y la muerte mismaâ€¦

â€”â€¦Huir, esconderse y rogar que no te
encuentre.

Jadearon.

Sonaba tan aterrador. MÃ¡s que los otros dragones.

Hipo rogÃ³ que no hubiera ni un Furia Nocturna en la arena de combates al iniciar los juegos.

Pero como el chico ya lo ha mencionado, los dioses le odian.

* * *

><p>Â¿Y bien? Â¿les gustÃ³? :)<p>

Ya aparecieron los tributos mÃ¡s importantes. Hay en total 24 pero no los pondrÃ© a todos, me faltarÃ-an nombres xD

MuchÃ-simas gracias por leer.

Chao!

5. Entrenamientos Parte 1

NADA DE ESTO ME PERTENECE, LOS PERSONAJES SON DE DREAMWORKS Y SOLO ME DIVIERTO AL ESCRIBIR.

Â¡Hola a todos de nuevo y al fin!

SÃ© que me tardÃ© en traerles este episodio, pero asÃ- serÃ¡n las actualizaciones del fic: lentas y seguras. Me debatÃ- mucho sobre lo que debÃ-a escribir en este capÃ-tulo y hasta dÃ³nde llegar, las

cosas que debÃ-a describir asÃ- como el desarrollo de los personajes. AquÃ- se verÃ¡ mÃ¡s de la relaciÃ³n que tendrÃ¡n Hipo con Camicazi, y tambiÃ©n algo de Hipo con Astrid.

Comentarios:

Diegospark: muchas gracias, de hecho cuando leo o intento hacer adaptaciones procuro darle mi propio toque, no me gustan en absoluto los plagios. MuchÃ-simas gracias, actualicÃ© hace como una semana la de War pero no he avanzado mucho con el nuevo capÃ-tulo, espero poder enfocarme en ese cuando llegue el fin de semana :)

Princezz Inuyoukai: Â¡Hola! me alegra mucho que te haya gustado hasta este momento, Chimuelo aparecerÃ¡ pero en uno capitulos mÃ¡s adelante. SerÃ¡ un encuentro mÃ¡s o menos parecido al de la pelÃ-cula original, aunque desde mi perspectiva, serÃ¡ bueno ;)

anonimo: lamento dejar las historias inconclusas por ahora, al menos las de HTTYD me tardo mucho en actualizarlas, pero no las he abandonado. Como estoy en clases dudo que pueda encontrar un ritmo frecuente para subirles capÃ-tulos, pero espero que lo comprendan.

DigixRikaNonaka: Lamento haberme tardado tanto en subir el capÃ-tulo pero espero que te guste :D Â¡Me halaga muchÃ-simo tus palabras! me hacen sonrojar.

Damaris: Espero que la forma en que lleve a cabo la combinaciÃ³n siga siendo de tu agrado.

Tsukimine12: "Reina DragÃ³n" Â¡esta mejor! si me permites podrÃ© usarlo mÃ¡s adelante xD La actitud de Brutilda, por ahora, sÃ- es Ooc, pero conforme vaya desarrollÃ¡ndose el fic irÃ¡ recuperando su personalidad original.

SukyKyoshi11: no puedo seguirlo muy rÃ¡pido pero al menos lo sigo xD Â¡Yo tambiÃ©n amo Avatar y cÃ³mo entrenar a tu dragÃ³n! disfruta este capÃ-tulo.

Veddartha: No puedo adelantarte mucho en las preguntas que me haces, pero al menos puedo decirte que muchas cosas de la trilogÃ-a original las voy a cambiar, y parte de eso que cambiarÃ© serÃ¡ el final del primer libro. Creo que es una pista suficiente ;)

fanÃ¡tico Z: de verdad, espero que hayas podido hacerte la cuenta y recuerda que siempre cuentas con mi apoyo.

Â¡Disfruten mucho este capÃ-tulo!

* * *

><p><strong>Capitulo 5<strong>

Entrenamientos

Parte 1

.

.

AmaneciÃ³.

La habitaciÃ³n era grande, confortable. TenÃ-a dos enormes camas, una colocada al extremo de la otra. Entre las dos camas estaba una ventana con esplÃ©ndida vista a la ciudad. En la noche y despuÃ©s de cenar, Hipo solamente subiÃ³ y se recostÃ³ en la primera cama que encontrÃ³ sin siquiera inspeccionar el cuarto. Astrid hizo lo mismo unas dos horas mÃ¡s tarde, cuando el cansancio se la llevÃ³ entre sueÃ±os.

La cama era mullida y cÃ³moda, con un colchÃ³n de plumas que se acoplaba a su cuerpo dÃ¡ndote inmensa comodidad. En Berk las camas eran de madera cubiertas con paja, no eran del todo cÃ³modas, pero al menos las tenÃ-an. En otras tribus, como la de Fothe, las personas literalmente dormÃ-an en el suelo.

Hipo despertÃ³ cuando el sol apenas estaba saliendo. Se estirÃ³ sin levantarse, queriendo disfrutar esa comodidad un poco mÃ¡s. Al otro extremo de la habitaciÃ³n pudo ver a Astrid. Sus cabellos rubios estaban despeinados cubriendo parte de su relajado rostro, recostada plÃ¡cidamente con las mantas cubriÃ©ndola. Daba la impresiÃ³n de ver un Ã¡ngel descansar.

Se quitÃ³ rÃ¡pidamente los pensamientos para ponerse de pie. No se escuchaban ruidos alrededor, asÃ- que caminÃ³ a la ventana donde pudo ver la inmensa MÃ³gandi a una altura considerable. Por las ordenadas calles pasaban pocas personas en sus quehaceres diarios, tan tranquilos y altaneros al mismo tiempo. Se sentÃ-an los dueÃ±os del mundo, nadie podÃ-a tocarlos, nadie podÃ-a estar por encima de ellos.

A la distancia el sol emergÃ-a desde aguas lejanas, era un espectÃ¡culo maravilloso. Pero los mÃ³gandianos parecÃ-an solo tener ojos para el oro y las joyas. Ni siquiera elevaron la mirada al cielo que se aclaraba y menos habÃ-an notado el extraÃ±o color pÃºrpura que se creÃ³ a las sombras de unas nubes. Casi sintiÃ³ lÃ¡stima por ellos, pero Hipo recordÃ³ que esa gente merecÃ-a todo menos lÃ¡stima de alguien. AsÃ- que se volteÃ³ para inspeccionar mejor la habitaciÃ³n.

SÃ- que era grande, el doble o tal vez el triple de lo que fue su habitaciÃ³n en Berk. HabÃ-a pieles colgando de las paredes que le daban mayor calidez a la habitaciÃ³n, asÃ- como dos armarios, uno frente a cada cama. Hipo caminÃ³ hacia el armario de su cama y encontrÃ³ ropa varonil, de fina manufactura, trajes de entrenamiento y zapatos. Todos de su talla. Aparentemente Pam sÃ- hacÃ-a su trabajo.

TambiÃ©n habÃ-a repisas y en una de ellas habÃ-a un inmenso libro con un dragÃ³n pintado en la portada. Era el Manual de Dragones, el mismo que estaba leyendo con Camicazi el dÃ-a anterior. Cerca del Manual en la siguiente repisa una colecciÃ³n de armas y escudos desfilaban brillando con los pocos rayos del sol que se colaban por la ventana.

Hipo pasÃ³ su mano sobre las armas. Hizo muchas con BocÃ³n y le encantaba crear nuevas. Ã‰stas eran espadas de un filo doble muy bien talladas, habÃ-a tambiÃ©n pequeÃ±os cuchillos. Martillos grandes, mazos con pÃºas y dos hachas.

AgarrÃ³ el libro y se sentÃ³ en la cama.

Astrid sentÃ-a que no habÃ-a dormido mejor en toda su vida. Demonios, la cama sÃ- que era cÃ³moda. Se removiÃ³ entre las sÃ¡banas sintiendo sus cabellos encima de sus ojos. ElevÃ³ la mano para apartarlos y abriÃ³ los ojos con rÃ¡pidos parpadeos. No habÃ-a mucha luz solar aÃºn en el cuarto, asÃ- que apenas estaba amaneciendo. Al voltear, se encontrÃ³ con la cama de Hipo. Pero el muchacho no estaba dormido.

â€”Â¿Hipo?â€”lo llamÃ³, con voz ronca.

Ã‰l estaba sentado con un libro enorme sobre su regazo y leyendo tranquilamente. No despegÃ³ su mirada de las hojas cuando respondiÃ³.

â€”Buenos dÃ-as Astridâ€”saludÃ³ con reflejo.

La rubia se sentÃ³ en la cama, estirÃ¡ndose de paso.

â€”Â¿QuÃ© haces?â€”le preguntÃ³ al destaparse, para ponerse de pie.

â€”Leo.

RodÃ³ los ojos. Estaba demasiado concentrado.

â€”Â¿Y quÃ© lees?

â€”Sobre dragones.

Repentinamente interesada, Astrid caminÃ³ hacia Ã©l para inclinarse y poder ver mejor lo que Ã©l leÃ-a. Las hojas eran grandes y gruesas, con dibujos muy bien hechos que representaban dragones y anotaciones explÃ-citas de sus habilidades, asÃ- como la manera de atacarlos.

â€”Vaya, asÃ- que de verdad nos entrenaranâ€”dijo mÃ¡s para sÃ- misma, pero Hipo la escuchÃ³ perfectamente.

â€”SegÃºn esto, sÃ-.

La puerta repentinamente se abriÃ³ y por ella entrÃ³ Pam. Llevaba las ropas blancas con bordados dorados tÃ-picos de los mÃ³gandianos, pero encima un abrigo de piel bellamente confeccionado que la hacÃ-a ver exagerada por el enorme sombrero de su cabeza, hecho quizÃ¡ con plumas de gallina (aquel sombrero era horrible). Les sonriÃ³ apenas los vio.

â€”Â¡Buenos dÃ-as! Que bueno que ya estÃ¡n levantadosâ€”juntÃ³ exageradamente ambas manosâ€”AcompÃ¡Ã±enme, vayamos a desayunar.

â€”Â¿A dÃ³nde?

â€”A un lugar que les encantarÃ¡â€”sonaba tan emocionada como una niÃ±a pequeÃ±aâ€”Pero Â¿QuÃ© estÃ¡n usando? CÃ¡mbiense de ropa, anda, rÃ¡pido. Los veo en cinco minutos en la salaâ€”cerrÃ³ la puerta sin dejar de sonreÃ-r hipÃ³critamente.

Hasta ese momento Astrid no le habÃ-a prestado atenciÃ³n a su armario. Lo abriÃ³ y contemplÃ³ el desfile de vestidos bordados y ropas de entrenamiento.

â€”Â¿Ahora somos de la realeza o quÃ©?â€”se cuestionÃ³.

â€”TÃº disfrutaâ€”Hipo agarrÃ³ un traje sencillo de mangas largas y delgadas, no ostentoso.

Como si nada se quitÃ³ su camisa y la doblÃ³ sobre la cama, bastÃ³ con que hiciera eso cuando sintiÃ³ la mirada penetrante de Astrid. La rubia estaba completamente sonrojada, viÃ©ndolo fijamente. El pudor regresÃ³ a la mente de Hipo y se colocÃ³ la camisa nueva de forma apresurada.

â€”Mejor terminarÃ© en el baÃ±oâ€¦.

SaliÃ³ de la habitaciÃ³n casi a tropezones.

Astrid sonriÃ³ cuando lo notÃ³ salir. Nunca habÃ-a visto a un hombre desnudo, su padre jamÃ¡s andaba por la casa sin vestirse adecuadamente. SÃ³lo pudo contemplar su pecho y sus brazos; eran delgados, pero extraÃ±amente formados, los pequeÃ±os mÃºsculos bien definidos. Supuso que eso era consecuencia del trabajo en la Fragua.

Sin perder mÃ¡s tiempo sacÃ³ un atuendo del armario. Una falda larga y una blusa sencilla. SoltÃ³ el cabello para hacerse una trenza apretada que sujetaba muy bien todos los mechones, dejando solamente un fleco coqueto en su frente. SaliÃ³ entonces a la sala.

No encontrÃ³ a ningÃºn otro tributo, supuso que estarÃ-an dormidos. BajÃ³ los escalones descuidadamente. Hipo estaba sentado y ya cambiado en uno de los sillones, con Pam al lado. El incÃ³modo silencio pesÃ³ en el ambiente apenas Astrid llegÃ³.

â€”Bien, vamos a la carroza.

Pam los llevÃ³ a una posada que estaba a menos de dos calles de distancia Â¿Es que no podÃ-an caminar? Astrid se mordÃ-a la lengua para no decir imprudencias, pero Hipo parecÃ-a ensimismado en sus pensamientos. No se enojaba, ni siquiera se preocupaba. Actuaba como si estuvieran en unas vacaciones. Esa actitud enojÃ³ mucho a Astrid.

â€”Â¡Pidan para comer todo lo que quieran!â€”les dijo Pam, como si les ofreciera un tesoro incalculable.

Pero Hipo solamente pidiÃ³ un pescado y pastel de frutas. Mientras Astrid pedÃ-a pollo.

â€”Muy bien mis pequeÃ±osâ€”comenzÃ³ Pamâ€”Â¿QuÃ© les ha parecido la ciudad?

â€”Superficialâ€”respondiÃ³ Astrid, obviamente queriÃ©ndola hacer enojar.

â€”Agradableâ€”Hipo era sincero. La ciudad era hermosa, no asÃ- sus personas. Y Pam preguntÃ³ por la ciudad, no por su gente.

Astrid mirÃ³ a Hipo de reojo con llamas en los ojos Â¿Se estaba olvidando que eran sus enemigos?

â€”Me alegro que uno de los dos tenga cerebroâ€”fue la indignada respuesta de Pam, qu mordisqueaba un bizcochoâ€”Cuando lleguen al Tributatorio empezarÃ¡ su entrenamiento.

â€”Â¿Entrenamiento de quÃ© tipo?â€”preguntÃ³ Hipo curioso.

â€”Unos luchadores profesionales les enseÃ±aran cÃ³mo pelear contra los dragonesâ€”la emociÃ³n de Pam era casi contagiosaâ€”Por favor Â¿A poco pensaban que los Ã-bamos a lanzar cruelmente a la arena, sin experiencia y desarmados?

â€”No serÃ-a algo impropio de ustedesâ€”Astrid tomaba leche de su vaso.

Los ojos de Pam se entrecerraron molestos, pero enfocÃ³ su atenciÃ³n en Hipo. El chico lucÃ-a emocionadamente tranquilo, curiosa combinaciÃ³n. Le respondÃ-a con genuino interÃ©s y estaba segura de que habÃ-a ya aceptado su destino. Hipo no serÃ-a ahora un problema. En cambio, estaba convencida de que Astrid no lo pensarÃ-a dos veces antes de lanzarle una espada Â¡A ella!

â€”Mocosa insolenteâ€”no fue capaz de contenerseâ€”Al menos yo no te harÃ© nada, pero hay otros que serÃ¡n capaces hasta de golpearte y no me meterÃ© a defenderte Â¿EstÃ¡ claro?

Astrid iba a responderle cuando la mano de Hipo se posÃ³ en la suya, intentando calmarla. Le dieron ganas de darle una abofeteada a su compaÃ±ero, pero su mirada verde era suplicante y apaciguadora. ParecÃ-a que tenÃ-a un plan. IgnorÃ³ aquello para ponerse de pie bruscamente y salir de la posada, sin decir nada. Solamente saliÃ³.

Pam suspirÃ³ llevÃ¡ndose una mano a la cabeza.

â€”Esa muchachita me va a dar problemasâ€”mirÃ³ a Hipoâ€”Â¿Tienes alguna idea de quÃ© le ocurre?

â€”No es la gran cosaâ€”se encogiÃ³ de hombrosâ€”Solamente fue separada de su familia para ser llevada a una ciudad desconocida donde la pondrÃ¡n a pelear contra su voluntad contra dragones enormes.

La ironÃ-a era casi amenazante.

â€”Â¿Acaso tÃº la estÃ¡s defendiendo?

â€”No, solamente respondÃ- tu preguntaâ€”Hipo comenzÃ³ a comer de su pastelâ€”Astrid deberÃ¡ aprender a resignarse. El pastel estÃ¡ rico.

â€”Lo sÃ©.

Si, definitivamente Hipo era el listo. Y no le iba a dar problemas.

Pam deberÃ-a centrarse en la impulsiva de Astrid.

-o-

Era mÃ¡s o menos el mediodÃa cuando llegaron los soldados especiales que entrenarÃan a los Tributos. Vestidos con sus atuendos de combate, y armados con los escudos y arma de preferencia, se mantenÃan en una ordenada posiciÃ³n mientras los dos hombres los analizaban para saber exactamente cÃ³mo enseÃ±ar a cada cual. Aunque se veÃan amables, todos casi jurarÃan que era una simple fachada.

â€”Veamos, Tributosâ€”dijo unoâ€”Me llamarÃ¡n Sargento y acatarÃ¡n todas las Ã³rdenes que les dÃ©
Â¿Entendido?

â€”Entendidoâ€”respondieron al unÃsono.

â€”Primero Â¿QuÃ© es lo que saben de dragones?

La chica de la Tribu Dyr hablÃ³.

â€”Son unas bestias que no merecen piedad.

â€”Exactamente.

El Sargento levantÃ³ la espada que tenÃa en su mano y la elevÃ³ al cielo.

â€”Â¡Los dragones siempre atacan para matar!â€”gritÃ³â€”Â¿QuÃ© harÃ¡n ustedes?

Los dos tributos de Dyr respondieron.

â€”Â¡Tirar a matar!

â€”Â¡No los escucho!

â€”Â¡Tirar a matar!â€”gritaron todos al mismo tiempo.

Bueno, todos menos Hipo. Astrid pudo ver de reojo que el chico aunque sostenÃa con fuerza su hacha no hablaba, sus ojos parecÃan analizar todo de forma minuciosa Â¿QuÃ© debÃa pensar? Era un entrenamiento, se usaba el cuerpo, no la mente.

â€”Muy bien, empezaremos con el entrenamiento.

El otro soldado que acompaÃ±aba al sargento accionÃ³ una palana. Se abriÃ³ entonces una compuerta por donde emergiÃ³ un dragÃ³n robusto y de alas pequeÃ±as, con enorme mandÃbula y de coraza extraÃ±a cubriendo su piel.

â€”Â¡Ah!â€”gritÃ³ una chica mientras salÃa corriendo y soltando el escudo.

â€”Â¡MuÃ©vanse, rÃ¡pido!

Astrid respiraba intentado calmarse. ElevÃ³ el escudo y se echÃ³ a correr alrededor de la arena mientras los demÃ¡s Tributos se dispersaban. Hipo simplemente se ocultÃ³ detrÃ¡s de unos escudos amontonados, donde sorprendentemente encontrÃ³ a

Camicazi.

â€”Â¡Hey!â€”saludÃ³, asomando su cabeza a donde estaba el dragÃ³n distrayendo a otros tributos que no conocÃ-aâ€”Lindo dÃ-a para entrenar Â¿No?

â€”Eso pareceâ€”Camicazi tenÃ-a un martillo pequeÃ±o y escudo en manoâ€”Realmente nunca me importa poco aprender a pelear.

â€”Ya somos dos. Soy pÃ©simo usando las armas.

â€”No asÃ- tu compaÃ±era Â¿verdad?

Hipo entonces vio cÃ³mo Astrid levantaba su escudo bloqueando el fuego abrasador que lanzaba el dragÃ³n. Lejos de retroceder ella aprovechÃ³ el momento para lanzar su hacha contra el cuello del dragÃ³n. Si bien no alcanzÃ³ a golpearlo, si lo rozÃ³ y consiguiÃ³ distraerlo para alejarse.

â€”Astrid siempre fue una gran cazadoraâ€”fue su Ãºnica respuesta.

â€”Nada malâ€”elogiÃ³ el sargento.â€”Â¿Alguien sabe cÃ³mo se llama Ã©ste dragÃ³n?

â€”Â¡Es un Gronckle!â€”gritÃ³ Patapez, corriendo en cÃ-rculos como si eso le ayudaraâ€”Â¡Tiene la mandÃ-bula mÃ¡s grande!

â€”Muy bien, parece que alguien ha estudiadoâ€”el sargento se veÃ-a demasiado tranquiloâ€”Â¿Y cuÃ¡ntos tiros tiene?

â€”Â¡Seis!â€”pero para ese momento Patapez debiÃ³ inclinarse para esquivar el segundo disparo del Gronckle. Por poco y sale quemado.

No pasÃ³ mucho tiempo cuando los dos tributos de Dyr emergieron repentinamente. La chica se abalanzÃ³ contra el dragÃ³n elevando una espada mientras el hombre usaba un hacha de doble filo para distraerlo. No pasaron ni dos segundo cuando la espada quedÃ³ enterrada en el cuello del reptil y la sangre bajÃ³ hasta el suelo.

â€”Impresionanteâ€”dijo el sargento mÃ¡s para sÃ- mismoâ€”Ustedes dos tienen talento.

La chica desenterrÃ³ la espada del animal y comenzÃ³ a limpiar la sangre.

â€”Graciasâ€”de alguna forma no sonaba nada amigable.

â€”Me parece que ha sido suficiente prÃ¡ctica por hoy. Descansen y nos veremos maÃ±ana temprano.

El murmullo de voces comenzÃ³ apenas dio esa instrucciÃ³n.

â€”Â¿Te apetece ir a comer algo?

Hipo mirÃ³ a Camicazi por un momento. La invitaciÃ³n de la chica era sincera. En Berk Hipo habÃ-a estado demasiado concentrado en la Fragua para distraerse de sus pensamientos, que la vida social

inmediatamente dejÃ³ de ser su necesidad. Nunca tuvo una relaciÃ³n con ninguna chica, de ningÃºn solo tipo.

â€”Me encantarÃaâ€”respondiÃ³ al fin.

QuizÃ¡ estos Ãºltimos dÃas de vida no serÃan tan malos.

A lo lejos Astrid miraba a Hipo caminando al lado de Camicazi. Sencillamente se encogiÃ³ de hombros. Hipo era un tipo mucho mÃ¡s raro de lo que nunca pensÃ³ que serÃa y le estaba fastidiando saber que su compaÃ±ero era un soÃ±ador incapaz de alzar un escudo.

â€”Y bien, nena Â¿Quieresâ€¦?â€”Brutacio ni siquiera pudo terminar su oferta.

â€”Pierdes tu tiempoâ€”respondiÃ³, alejÃ¡ndose con los brazos cruzados.

â€”Como digasâ€¦

Astrid optÃ³ por volver a su alcoba donde podrÃa recostarse en la tremendamente cÃ³moda cama y tambiÃ©n despejar sus pensamientos. Comenzaba a sentir presiÃ³n sobre sus hombros y odiaba cuando eso pasaba. La rabia contenida de esa maÃ±ana le causaba estragos en la cabeza Â¡No podÃa comprender la actitud de Hipo! Â¿Tratar bien a Pam y actuar como si no fueran Tributos condenados a muerte? Â¿Es que estaba loco?

Hipo entrÃ³ en el comedor del Tributatorio donde pidieron dos pescados asados y tomaron asiento, Camicazi enfrente de Ã©l. La charla que empezÃ³ se volviÃ³ trivialmente importante.

â€”Mi madre es una gran costureraâ€”le dijo Camicazi.â€”Ella me hacÃa todo tipo de ropas y cuando era niÃ±a me peinaba con trenzas extravagantesâ€”una sonrisa apareciÃ³ solo de pensar en esoâ€”PapÃ¡ cuidaba de un rebaÃ±o no muy grande, pero al menos nunca nos faltÃ³ nada.

â€”Â¿Tienes hermanos?â€”preguntÃ³.

â€”Uno mayor y dos hermanos menores. Todos son chicosâ€”sonriÃ³â€”Me llevaba tan bien con ellos, EscalÃ¡bamos Ã¡rboles y nos metÃamos en muchos problemas.â€”reÃa solamente de recordar su infancia.â€”Â¿Y quÃ© hay de ti?

Hipo se encogiÃ³ de hombros.

â€”Soy hijo Ãºnicoâ€”respondiÃ³â€”Mi papÃ¡ es el Jefe de la Tribu.

Camicazi abriÃ³ los ojos.

â€”Â¿En serio?

â€”SÃâ€”asintiÃ³â€”Un muy buen Jefe debo decir. Mi madre le ayudaba todo el tiempo, coordinaba los lugares donde mi papÃ¡ no podÃa estarâ€”recordar aquello era casi dolorosoâ€”TambiÃ©n era la que mÃ¡s me cuidaba.

Para Camicazi no habÃa pasado desapercibido que hablaba en

pasado.

â€”Â¿Fue?â€”preguntÃ³ con voz suave.

â€”Mi mamÃ¡ muriÃ³ hace unos aÃ±osâ€”repuso, casi hosco.

â€”De verdad lo sientoâ€”Camicazi estirÃ³ su mano para agarrar la de Hipo, en un intento de darle consueloâ€”Â¿Es algo de lo que quieras hablar?

â€”No realmenteâ€”cerrÃ³ los ojosâ€”Digamos que cuando ella muriÃ³, todo se volviÃ³ oscuroâ€¦. Mi padre se distanciÃ³ mucho de mÃ- en ese entonces. Fue una etapa difÃ-cil.

Camicazi buscÃ³ las palabras correctas para decir.

â€”Siempre es difÃ-cil perder a las personas que amasâ€”apretÃ³ aÃºn mÃ¡s su manoâ€”Pero piensa que todavÃ-a hay gente que te quiere en este momento.

Una extraÃ±a sonrisa apareciÃ³ en los labios de Hipo.

â€”Gracias, de verdad.

Los ojos de ambos brillaban.

â€”No hay de quÃ©.

Se quedaron ahÃ-, viÃ©ndose por un rato mÃ¡s.

â€”Â¿Y si vamos a leer un poco a la biblioteca?â€”propuso Hipo, poniÃ©ndose de pie.

â€”Â¡Te habÃ-as tardado en preguntar!

-o-

â€”No me pareciÃ³ un riesgoâ€”le dijo el sargento a Pamâ€”La chica de Berk lucÃ-a segura, su pose era la tÃ-pica de un cazador.

â€”Â¡Pudo enfrentarse al dragÃ³n!â€”casi gritÃ³ Pam, con preocupaciÃ³nâ€”Todos salieron corriendo y ella no. Me preocupa demasiado esa muchacha.

Â¿Y cÃ³mo no le iba a preocupar? Ella era la encargada de Berk. Las personas en las Tribus solamente podÃ-an ver en los comisionados a personas sin escrÃºpulos, pero es que no sabÃ-an sus vidas. Pam debÃ-a asegurarse de que la sociedad de Berk fuera fiel a MÃ³gandi, de lo contrario, ella pagarÃ-a cualquier rebeliÃ³n como acto de traiciÃ³n y serÃ-a asesinada. Astrid estaba demostrando ser muy ruda, dura, firme y desafiante Â¡No podÃ-a demostrar esas cualidades frente al gran Jefe de MÃ³gandi! Â¡La matarÃ-an!

â€”Â¿Y si ella gana?â€”los ojos de Pam casi brillaban por las lÃ¡grimasâ€”Â¿Te imaginas el caos que serÃ-a si ella gana? Â¡PodrÃ¡ hacer lo que quiera y no creo que decida ser una ciudadana fiel!

â€”Te estÃ¡s adelantando demasiado a los hechosâ€”intentÃ³ calmarla el sargentoâ€”No creo que esa chiquilla gane. QuizÃ¡ sea de las

sobrevivientes Ãºltimas, pero sabe muy poco de la ofensiva contra dragones. Los Dyr, en cambio, esos sÃ- son de cuidado.

Pero a Pam no le importaban los de Dyr Â¡Le importaban los de Berk!

â€”Â¿Y quÃ© hay del otro chico, Hipo?â€”inquiriÃ³.

El sargento hizo una mueca.

â€”PermaneciÃ³ escondido. Seguro serÃ¡ de los primeros en morir, apenas y puede sostener un escudo.

Un extraÃ±o alivio recorriÃ³ las venas de Pam. Hipo no era en verdad un peligro, pero su muerte podrÃ-a desmoralizar a Astrid lo suficiente para hacerla mÃ¡s maleable.

â€”Por favor, de verdad, has lo posible para que Astrid no desarrolle habilidades nuevasâ€”le dijo Pam de forma severaâ€”Esa chica debe estar dÃ©bil y vulnerable. Quiero que caiga, cueste lo que guesteâ€”el odio se colÃ³ en las Ãºltimas palabras.

Odio mezclado con preocupaciÃ³n.

â€”No se preocupeâ€”el sargento sonriÃ³â€”Me asegurarÃ© de eso.

â€”ConfiarÃ© en usted entonces.

La complicidad envolvÃ-a a los dos mÃ³gandianos cuando cerraron el trato estrechando sus manos.

* * *

><p>Â¿Y bien? Â¿QuÃ© les pareciÃ³?<p>

Â¡MuchÃ-simas gracias por leer!

chao!

6. Entrenamiento Parte 2

NADA DE ESTO ME PERTENECE, LOS PERSONAJES SON DE DREAMWORKS Y SOLO ME DIVIERTO AL ESCRIBIR.

Nopâ€¦ como pueden ver no estoy muerta. VerÃ¡n, si no lo saben les comento que entrÃ© al finen la facultad y aunque ha sido un proceso difÃ-cil de adaptaciÃ³n ha sido tambiÃ©n sensacional. Y no me quejo para nada SOLO de la falta de tiempo que he tenido. Entre tareas, proyectos, exÃ¡menes y estudio no he podido hacer NADA mÃ¡s que mensajear de vez en cuando a mis amigas, a mi novio y decirle a mi familia que estoy viva Â¿Escribir? Â¡en tiempos libres el fin de semana! Y como tengo demasiadas historias atrasadasâ€¦

Pero bueno no estÃ¡n aquÃ- para ver mis extensas explicaciones, si no para leer este capÃ-tulo nuevo que me esmerÃ© mucho en hacer. Gracias por su paciencia, por sus hermosos comentarios y por su apoyo. NO CREO que pueda actualizar pronto, para que no se ilusionen, pero espero que tomen esto como noticia de que SI ESTOY al pendiente de

Fanfiction, y que no planeo dejar mis historias por ahora.

GRACIAS A:

Jessiimar, AireMarino, Stephis, Renton-torston, Aespn, zidaga96, alecandace, LikeMyself, meliandrade, fanatico Z, Alicia, Princezz Inuyoukai y Diegospark

Sus comentarios son hermosos y aunque no puedo dejarles un mensaje a cada uno debido a mi falta de tiempo GRACIAS EN SERIO POR SEGUIR MI HISTORIA Y ANIMARME A TERMINARLA. NO LA HE ABANDONADO COMO PUEDEN DARSE CUENTA Y APRECIO SINCERAMENTE QUE LEAN ESTE PEQUEÃ‘O FIC.

Sin mÃ¡s preÃ¡mbuloâ€¦ Â¡El capÃ-tulo!

* * *

><p><strong>Capitulo 6<strong>

**Entrenamientos **

Parte 2

.

.

.â€”Todos los dragones tienen algÃºn punto ciegoâ€”fue la instrucciÃ³n del sargentoâ€”Deben buscarla para esconderse en Ã©l y desde ahÃ- atacarlos Â¡sin piedad!

.â€”Â¡No es fÃ¡cil!â€”gritÃ³ algÃºn otro tributo que Astrid no conocÃ-a.

.â€”Â¡MuÃ©vanse!

Astrid tenÃ-a el escudo y un hacha, su arma favorita (lÃ¡stima no traer el hacha que sus padres le regalaron) estaba en posiciÃ³n de cuclillas al lado de Brutacio, ambos escondiÃ©ndose del enorme Nadder que amenazaba al grupo de chicos. El Nadder tenÃ-a una habilidad que el Gronckle no poseÃ-a, de su espinada cola podÃ-a lanzar las extremidades puntiagudas como filosas lanzas. Era aterrador.

Para ser el segundo dÃ-a de entrenamiento, al menos Hipo pensaba que no les estaba yendo nada mal. Ã‰l no tenÃ-a la mÃ¡s mÃ-nima intenciÃ³n de prepararse para atacar a los dragones, porque habÃ-a algo en ellos que llamaba demasiado su atenciÃ³n. Algo que Camicazi comentÃ³ casi con temor la noche anterior y que Ã©l estaba convencido de que era cierto.

.â€”Â¡Hipo cuidado!â€”gritÃ³ Patapez.

El delgado muchacho volteÃ³ y encontrÃ³ al Nadder enfrente de Ã©l. Torpemente levantÃ³ su escudo en un intento de que las llamas no le alcanzaran, pero ese movimiento le valiÃ³ caerse de espaldas al suelo donde el dragÃ³n lo tenÃ-a completamente dominado. La inmensa cabeza del Nadder por encima de la suya le causÃ³ un escalofrÃ-o. Inevitablemente pensÃ³ que asÃ- serÃ-a su final.

.â€”Â¡No!â€”Astrid gritÃ³ corriendo con el hacha bien en alto y de un

solo salto consiguiÃ³ golpearle en las costillas, haciendo que el Nadder se olvidara de Hipo y corriera tras su nueva agresora.

Afortunadamente el tributo de Dyr se basÃ³ de esa distracciÃ³n para encajar la espada en el cuello del Nadder, que cayÃ³ desangrÃ¡ndose. Astrid respiraba muy rÃ¡pidamente, agitada y todavÃ-a con el susto en la boca Â¡ese maldito dragÃ³n casi mataba a Hipo!

Â¿Y el chico? Ã‰l se levantÃ³ del suelo con movimientos lentos, caminando hacia ella casi relajado.

.â€”Gracias porâ€¦

.â€”Â¡Todo esto te parece una broma!â€”le gritÃ³, antes de que hablara otra palabra mÃ¡sâ€”Â¿No entiendes que vamos a pelear por nuestras vidas contra estas criaturas? Â¡Â¿De quÃ© maldito lado estÃ¡s?!â€”gritÃ³, enojadÃ-sima y amenazÃ¡ndolo con su hacha.

BajÃ³ el arma y se dio la vuelta con un aspecto entre enfadado y resignado. Hipo no sabÃ-a quÃ© decir, pero una cosa sÃ- estaba convencido: no era el momento de hablar.

.â€”Â¿QuÃ© le pasa a ella?â€”le preguntÃ³ Camicazi, acercÃ¡ndose a Hipoâ€”Se veâ€¦ tensa.

.â€”No lo sÃ©â€”Hipo se daba una idea, pero en realidad no querÃ-a pensar mucho en eso ahoraâ€”Â¿EstÃ¡s bien o te lastimaron los dragones?â€”preguntÃ³ con preocupaciÃ³n.

Camicazi tampoco era del todo buena con las armas, pero superaba a Hipo.

.â€”No me pasÃ³ nadaâ€”bajÃ³ el hacha que tenÃ-a en manosâ€”Solo quiero descansar Â¿Vamos a leer a la biblioteca?

Hipo lo meditÃ³.

.â€”MÃ¡s tarde. Ve tÃº si quieres, pero yo quiero caminar un ratoâ€¦.

.â€”EstÃ¡ bien. LeerÃ© toda la tarde, por si quieres hacerme compaÃ±Ã-a despuÃ©s.

.â€”Gracias.

Camicazi le sonriÃ³ y se fue de la arena. Hipo vio que otros tributos hablaban entre ellos pero no les hizo caso. Astrid ya no estaba asÃ- que caminÃ³ hacia la salida del Tributatorio. Los Tributos podÃ-an salir a la ciudad y pasear por ella; estaba entre sus derechos, aunque pocos lo hacÃ-an. Hipo tenÃ-a curiosidad de conocer la ciudad donde iba a morir.

SaliÃ³ del Tributatorio. Las personas caminaban alrededor de la ciudad por calles limpias y hacÃ-an sus quehaceres. Era impresionante lo bien que se vivÃ-a ahÃ-. Doctores, maestros, escuelas, bibliotecasâ€¦ era fÃ¡cil comprender porquÃ© las demÃ¡s tribus estaban tan limitadas a comparaciÃ³n de MÃ³gandi.

Mientras caminaba las personas se le quedaban viendo a veces de forma

descarada. Los mÃ³gandianos solÃ-an usar prendas blancas, como la isla no era frÃ-a sus ropas eran delgadas. Ã‰l en cambio llevaba puesto el chaleco de piel que su padre le habÃ-a regalado aÃ±os atrÃ¡s y la camisa verde que siempre usaba en Berk. Era mÃ¡s que notorio que no pertenecÃ-a a la ciudad. SegÃºn los seÃ±alamientos habÃ-a un parque cercano hacia el cual caminÃ³ de forma lenta, disfrutando el viendo sobre su rostro y el sol tocando su piel.

El parque era como lo poco que quedÃ³ del bosque antes de que toda la madera fuera usada para construir las casas de la ciudad. Ã•rboles que se alzaban altos cerca de un pequeÃ±o rio a la rivera de la isla, lo suficientemente lejos para que casi nadie acudiera. Aunque era un lugar muy pequeÃ±o a comparaciÃ³n del extenso bosque que acostumbraba pasear en su isla natal, pudo sentir la misma fresca comodidad que daban los Ã¡rboles a todas las personas.

Se tumbÃ³ en el cÃ©sped, el primero que veÃ-a desde que llegÃ³ a MÃ³gandi (donde todos los caminos eran de tierra) a disfrutar de los regalos que le daba la naturaleza. Estaba ahÃ-, recostado y tan relajado, que no se habÃ-a dado cuenta de que era espiado. Era una muchachita delgada y pelirroja, de ojos azul intenso. Su mirada estaba llena de curiosidad con pizca de miedo.

.â€”Holaâ€”le saludÃ³, sin levantarse del cÃ©sped.

Ella estaba escondida entre los Ã¡rboles. IntentÃ³ ocultar su cuerpo tras el tronco, pero supo que ya era demasiado tarde.

.â€”No te harÃ© nada, si eso es lo que temes.

Esa ironÃ-a le causÃ³ gracia a la chica.

.â€”Â¡CÃ³mo no!â€”casi gritÃ³ la chica, su voz era aguda y un poco nasal, con el tÃ-pico acento mÃ³gandiano que no le gustaba para nada a Hipoâ€”Ustedes disfrutan tanto de lastimarnosâ€¦me alegra tanto que los maten aÃ±o con aÃ±o.

Vaya, eso sÃ- que no se lo esperaba.

Ella hablaba con un dejo de odio que sorprendiÃ³ mucho al chico. Como si se hubieran invertido los papeles. DespuÃ©s de todo, los mÃ³gandianos nunca trataban con odio a las demÃ¡s tribus, eso era fÃ¡cil de ignorar. Los trataban como si fueran menos, los despreciaban como si no valieran. Y eso era algo que debido a su orgullo era insoportable.

Pero Ã©sta chica parecÃ-a verlo con miedo, y eso era algo nuevo por completo para Hipo. NingÃºn mÃ³gandiano sentÃ-a miedo, o al menos ninguno que hubiera conocido.

.â€”Â¿De quÃ© hablas?â€”inquiriÃ³, lleno de curiosidad.

La chica habÃ-a dicho que ellos atacaban MÃ³gandi, lo cual era una tonterÃ-a. No habÃ-a forma en que ninguna de las tribus pudiera acceder a las armas necesarias para hacerle frente al ejÃ©rcito de MÃ³gandi. Es mÃ¡s Â¿Para quÃ© querÃ-an armas? Ellos necesitaban ante todo cubrir las necesidades bÃ¡sicas como era la alimentaciÃ³n.

En ese momento la pelirroja se asomÃ³ para verlo con enfado, y entonces pudo contemplar mejor su rostro. Era muy fino, casi no

parecÃ-a tener facciones vikingas.

.â€”SÃ-, cÃ³mo noâ€”el sarcasmo era amenazante.â€”Cobardeâ€¦

Hipo se puso de pie con movimientos lentos, ahora preocupado.

.â€”Â¿QuiÃ©n crees que soy?

.â€”Â¡Es demasiado obvio!â€”ella volviÃ³ a darle la espalda, ocultando la mitad de su cuerpo con el tronco de un Ã¡rbolâ€”Â¡Eres un tributo!

.â€”SÃ- Â¿Sabes lo que significa ser un tributo?

.â€”El Jefe supremo los manda traer de las demÃ¡s tribus. Ustedes pelearÃ¡n contra los dragones hasta la muerte.

.â€”Contra nuestra voluntadâ€”agregÃ³. Porque si ellos no sabÃ-an que peleaban sin quererlo, quizÃ¡ entonces por ello eran tan crueles.

Pero la chica sonriÃ³ casi con cinismo para agregar:

.â€”Obviamente. Se lo merecen Â¡Por ustedes los dragones nos atacan tanto!

Â¿Ataques de dragones? Â¿QuÃ© tenÃ-a que ver eso con los tributos?

.â€”Â¿A quÃ© te refieres con eso?

La chica volteÃ³ otra vez viÃ©ndolo ahora con algo de confusiÃ³n. Pero no lo pensÃ³ dos veces antes de agregar algo que Hipo jamÃ¡s hubiera creÃ-do escuchar.

.â€”MÃ³gandi era una tribu esplendorosa hasta que las demÃ¡s tribus la traicionaronâ€”casi gritÃ³â€”Â¡Nos mandaron tantos dragones! afortunadamente los encerramos y ahora ustedes deben venir a limpiarnos la odiosa plaga.

Hipo estaba realmente sorprendido. Esa explicaciÃ³n era tan estÃºpida. PonÃ-a a los mÃ³gandianos como las vÃ-ctimas, no como los traidores que realmente eran. Hipo frunciÃ³ el ceÃ±o, viendo a la chica fijamente. Obviamente esas ideas debiÃ³ de haberlas aprendido de su gente Â¿Acaso los mÃ³gandianos de verdad creÃ-an que las demÃ¡s tribus tenÃ-an la culpa de la plaga de los dragones? eso era una mentira completa

Aunque en la mente de Hipo, una idea comenzaba a formarse. La informaciÃ³n era poderosa. Ã‰l habÃ-a leÃ-do libros en donde se decÃ-a que cuando enseÃ±as a una sociedad a pelear, no harÃ¡ otra cosa mÃ¡s que pelear. Es posible enseÃ±ar a la gente a conveniencia de las personas Â¿QuizÃ¡ a esto se referÃ-an?

.â€”Me llamo Hipo Haddock IIIâ€”dijo a la chica, que lo miraba intensamenteâ€”Soy el heredero de la tribu de Berk.

.â€”Â¿Un heredero?â€”repentinamente la chica parecÃ-a tener autÃ©ntica curiosidad en saber un poco de Ã©l, pues emergiÃ³ del

escondite completamente revelando su vestido blando y un chaleco de color azul claroâ€”Peroâ€¦ los herederos no son tributosâ€¦ Â¿Oh sÃ-?

Hipo la mirÃ³ tambiÃ©n de forma fija, cuidadoso de las palabras que pudiera mencionar.

.â€”Es tributo a quien la suerte le digaâ€”fue su respuesta, mientras daba medio paso hacia ella. La chica lo mirÃ³ recelosa, pero no se moviÃ³â€”Â¿Por quÃ© piensas que nosotros mandamos los dragones aquÃ-?

.â€”Â¡Porque asÃ- es!â€”gritÃ³, dando medio paso hacia Ã©lâ€”Â¡AsÃ- fue y ahora deben pagar por ello!

Hipo mirÃ³ alrededor, comprobando que estaban solos. Luego dio otro paso hacia ella. Estaba tan intrigado por la situaciÃ³n, que no podÃ-a dar media vuelta y marcha atrÃ¡s. Sencillamente tenÃ-a que continuar.

.â€”Te equivocas.

La mujer le otorgÃ³ una media sonrisa de incredulidad.

.â€”Oh claro, ahora me dirÃ¡s que nosotros somos los que traicionamos a las demÃ¡s tribusâ€”emitiÃ³ una risa sarcÃ¡stica, que le hubiera erizado el vello de no habÃ©rsela esperadoâ€”Â¡Ustedes siempre se creen las vÃ-ctimas! Â¡Y no saben cuÃ¡nto sufrieron nuestros padres para que seamos la tribu que ahora somos!

Hipo notÃ³ en los ojos de la chica, que ella no mentÃ-a. CreÃ-a realmente en todo lo que estaba diciendo.

Del mismo modo, ella supo que el muchacho no le harÃ-a daÃ±o. HabÃ-a en esos ojos verdes curiosidad genuina, interÃ©s por saber y al mismo tiempo incredulidad, como si no pudiera creer la verdad que estaba revelando.

.â€”Â¿CuÃ¡l es tu nombre?â€”inquiriÃ³ Hipo, cuando habÃ-a una distancia muy mÃ-nima entre ambos.

Ella frunciÃ³ el ceÃ±o.

.â€”No debo confiar en los tributosâ€”agregÃ³, cruzÃ¡ndose de brazos.

.â€”MorirÃ© en unos dÃ-as, no creo que valga la pena ser recelosaâ€”se encogiÃ³ de hombrosâ€”AdemÃ¡s tÃº ya sabes el mÃ-o.

Ella frunciÃ³ aÃºn mÃ¡s su entrecejo, pero despuÃ©s de una mirada desconfiada se reclinÃ³ en el Ã¡rbol sin dejar de verlo.

.â€”Helgaâ€”respondiÃ³, haciendo sonar su nombre con todo el orgullo de una guerrera vikingaâ€”Â¿QuÃ© pretendes hacer?

.â€”Quisiera saberâ€”continuÃ³ Hipoâ€”Â¿Por quÃ© piensas que nosotros les hemos hecho mal? Â¿Eso es lo que les enseÃ±an? Â¿Eso creen?

Helga resoplÃ³.

.â€”Â¡Todos sabemos esto!â€”le recriminÃ³â€”Es lo que nuestros abuelos nos han contado, lo que dicen nuestros libros. Es lo que ha pasado Â¿Por quÃ© te empeÃ±as en negarlo?

.â€”Â¡Porque no es verdad!

.â€”Â¿Y piensas que te creerÃ© a ti, un maldito tributo de la tribu Berk, en vez de a mi gente?â€”las manos de Helga se convirtieron en puÃ±osâ€”Â¡Por culpa de ustedes mi padre muriÃ³!

.â€”Bueno, los mÃ³gandianos mataron a mi madreâ€”Hipo la mirÃ³ sin esconder su enfadoâ€”Creo que estamos a mano.

Helga entonces cambiÃ³ su expresiÃ³n por completo. Algo no estaba bien ahÃ-. Las demÃ¡s tribus eran salvajes, arrasaban con todo sin misericordia y por eso eran castigadas. Pero el tributo enfrente de ella estaba diciendo que su madre fue asesinada Â¡Y eso era imposible! Los mÃ³gandianos eran civilizados, eran hijos de OdÃ-n. Ellos no eran asesinos. No eran abusivos. Eran la esperanza de la raza vikinga.

MirÃ³ los ojos verdes del tributo llamado Hipo. Y en esa mirada, supo que Ã©l no estaba mintiendo.

-o-

Estoico el Vasto estaba en su casa, prÃ¡cticamente tumbado. Miraba el techo de su casa, sintiendo que su cama era mÃ¡s suave de lo que recordaba. Era de noche, todas las personas estaban en sus casas descansando tambiÃ©n. Por la ventana se colaba la luz de la antorcha encendida por los tributos mandados a MÃ³gandi. La antorcha que no serÃ-a apagada hasta la muerte de los dos muchachos.

CerrÃ³ los ojos, esa antorcha era una esperanza desgarradora. Le estaba diciendo que su hijo estaba vivo aÃºn, pero que en algÃºn futuro no tan lejano morirÃ-a inclemente a manos de los dragones.

La cama era grande, para dos cuerpos. Faltaba a su lado el cuerpo tranquilo de su esposa Valhallarama. Ella nunca mÃ¡s iba a regresar, y el recuerdo de su sonrisa, de su cÃ¡lida compaÃ±Ã-a, lo atormentarÃ-a hasta el dÃ-a de su muerte. La imagen nÃ-tida del momento en que ella se lanzÃ³ contra los mÃ³gandianos, defendiendo a su sobrina, lo atormentaba todas las noches. Recordaba el rostro decidido de su esposa y el grito de guerra que emitiÃ³ Pam. DespuÃ©s de eso todo fue caos. Llamas que incendiaron la aldea, una pelea perdida aÃºn antes de ser dada y a su amada esposa, caer fallecida con sangre en sus ropas, con ella muerta la ilusiÃ³n de un cambio que mejorara sus vidas.

HabÃ-a perdido parte de sÃ- mismo cuando ella muriÃ³. Y ahora, que su propio hijo habÃ-a partido, ahora que la habitaciÃ³n de al lado estaba vacÃ-a, sin nadie reposando en ella, ahora que no habÃ-a armas nuevas forjadas en la herrerÃ-a y que nadie le esperaba en las noches cuando regresaba a casaâ€¦ ahora se daba cuenta, que su vida era una patÃ©tica farsa vikinga.

Un verdadero vikingo nunca habrÃ-a dejado que mataran a su esposa

frente a sus propios ojos. Un verdadero vikingo no verÃa a su gente sufrir de hambre y pobreza por culpa de otro pueblo que los consideraba sus esclavos. Un verdadero vikingo nunca permitirÃa que le quitaran a su hijo para convertirlo en el espectÃ¡culo cruel de otra gente. Un verdadero vikinga nunca toleraba Â¡Y Ã©l habÃa tolerado todo a lo largo de su vida!

Ã‰l no era un verdadero vikingo. Y quizÃ¡ por eso se merecÃa toda la soledad que ahora estaba pagando. Le arrebataron la familia que siempre cuidÃ³ y amÃ³ y ahora estaban tambiÃ©n intentando arrebatarle lo poco que le quedaba de su tribu.

Recostado en su cama, cerrando los ojos, Estoico se preguntÃ³ si al menos tendrÃa el valor de defender a su gente. Si al menos tendrÃa el valor, el prÃ³ximo aÃ±o, de echar a los mÃ³gandianos de sus costas y pelear aunque muriera por una libertad que habÃan perdido sin siquiera percatarse.

Pero una risa amarga emergiÃ³ de su garganta. Si no habÃa sido capaz de luchar por su Ãºnico hijoâ€¦ Â¿Entonces existÃa algo por lo cual pelearÃa?

No. Ya no le quedaba nada.

Era una cÃ¡scara vacÃa. La armadura de un vikingo, sin cuerpo ni alma.

Y hasta el dÃa de su muerte, sufrirÃa esa
deshonra.

-o-

.â€”Â¡Camicazi!â€”gritÃ³ Hipo, entrando en la biblioteca. Tal y como lo esperaba no habÃa nadie mÃ¡s que su compaÃ±eraâ€”Â¡Camicazi!

La vikinga bajÃ³ el libro que tenÃa en sus manos y mirÃ³ a su amigo acercarse corriendo. Inmediatamente se puso de pie, poniendo el dedo Ãndice encima de sus labios mandando callar sus
gritos.

_.â€”Â¡Shh!â€”_dijoâ€”Estamos en una biblioteca, Hipo.

Pero el chico no la escuchÃ³ y en vez de eso se parÃ³ enfrente de ella, apenas conteniÃ©ndose.

.â€”ConocÃ a una mÃ³gandianaâ€”le dijo, lleno de efusividadâ€”Â¡Una mÃ³gandiana! Es joven, tiene quince aÃ±os Â¡Y ella piensa que nosotros somos los malos!

.â€”Â¡Hipo cÃ¡lmate!â€”le pidiÃ³ Camicazi, que mirÃ³ alrededor para asegurarse que no habÃa nadie en la biblioteca excepto ellosâ€”Â¿QuÃ© me estÃ¡s tratando de decir? Â¿CÃ³mo que conociste a una mÃ³gandiana? Â¡Ellos no son de fiar!

.â€”Â¡Ella sÃ!â€”contestÃ³â€”Se llama Helga. Me contÃ³ que a ellos les enseÃ±an que _nosotros_ fuimos las tribus
traidoras.

_.â€”Â¡Â¿QuÃ©?!â€”_Camicazi no cabÃa en sÃ de ira y de incredulidad Â¿ellos los traidores? Â¡reverenda mentira! Eso no podÃa ser cierto,

ni concesible, ni justo, niâ€¦

.â€”Lo que oyes, nosotros somos los traidores para los mÃ³gandianosâ€”Hipo continuÃ³ emocionado por su descubrimientoâ€”Les dicen que nosotros mandamos a los dragones y que ellos los encerraron, y ahora como castigo somos traÃdos aquÃ para librarlos de la plaga.

.â€”Â¡Semejante estupidez jamÃ¡s escuchÃ©!â€”Camicazi no entendÃa al grado de su amigo el descubrimiento reciÃ©n hechoâ€”Â¿Es que estÃ¡n locos? Â¿CÃ³mo pueden creer que nosotros harÃamos esa tonterÃa? Â¡Somosâ€¦!

_.â€”Â¡Shh!â€”_ahora Hipo fue el que la callÃ³, colocando una mano encima de la boca de su amiga. Camicazi se enojÃ³ mucho por eso y forcejÃ³ alejÃ¡ndose de Ã©l, pero guardÃ³ silencioâ€”No estÃ¡s entendiendo.

.â€”Â¡Entonces explÃcame!â€”y se cruzÃ³ de brazos para reafirmar su punto.

.â€”Los mÃ³gandianos no saben realmente que ellos nos traicionaronâ€”dijo viendo a su amiga a los ojosâ€”Ellos tienen otra versiÃ³n de la historia.

.â€”Â¿Y?

.â€”Eso quiere decir, que tambiÃ©n los estÃ¡n manipulando.

Los ojos de Camicazi se abrieron ante la repentina revelaciÃ³n de lo que estaba escuchando. Si lo que Hipo estaba insinuando era cierto, entonces toda esta faramalla de los Juegos del DragÃ³n escondÃa un secreto aÃºn mÃ¡s grande que la simple humillaciÃ³n de las demÃ¡s tribus perdedoras.

.â€”Peroâ€¦ manipulados Â¿Por quiÃ©n?

.â€”Eso no lo sÃ©â€”Hipo bajÃ³ los ojos, le faltaba demasiada informaciÃ³n a su hipÃ³tesisâ€”Pero es algo que me gustarÃa mucho saber antes de morir.

.â€”Creo que esto puede ayudarte.

Camicazi agarrÃ³ el libro que habÃa estado leyendo y lo cerrÃ³, mostrÃ¡ndole la portada a Hipo. Era de cuero, color rojo, no tenÃa nada inscrito mÃ¡s que la enorme figura de un dragÃ³n imponente y a su lado, un simple humano. Hipo mirÃ³ la imagen y despuÃ©s a su amiga. Con la pura mirada Camicazi le estaba indicando que leyera. AsÃ pues, Hipo abriÃ³ la primera hoja amarillenta del viejÃsimo ejemplar que estaba increÃblemente descuidado. Escrito con una elegante caligrafÃa, estaba el tÃtulo de la obra:

"Tratado sobre la grandeza de los Dragones"

Hipo inmediatamente frunciÃ³ el ceÃ±o ante semejante tÃtulo, porque nada en esa biblioteca hablaba de los dragones como criaturas admirables, sino todo lo contrario, como monstruos.

.â€”Â¿DÃ³nde lo encontraste?â€”preguntÃ³, ojeando rÃ¡pidamente sin apenas leer mÃ¡s que dos o tres palabras, encontrando dibujos

hermosos de personas y dragones que no peleaban, solo se observaban.

.â€”No estaba en la bibliotecaâ€”confesÃ³ Camicazi en voz bajaâ€”El libro estaba escondido, en una pared en uno de los pasillos mÃ¡s oscuros de todo este Tributatorio.

.â€”Â¿En la pared?

.â€”Un hueco oculto por unos cuadros de antiguos lÃ-deres de la ciudadâ€”Camicazi le restÃ³ importanciaâ€”Lo que me intriga es lo que dice.

Hipo la mirÃ³ para que le diera mÃ¡s explicaciones.

.â€”Tienes que leerloâ€”le dijoâ€”Pero bÃ¡sicamente, expone que los dragones no son bestias.

La puerta rechinÃ³ cuando fue abierta. Los dos jÃ³venes jadearon, Hipo cerrando el libro inmediatamente y casi abrazÃ¡ndolo mientras volteaba hacia la entrada del recinto. Dos tributos habÃ-an entrado hablando entre ellos sin apenas notar la presencia de los dos, y cuando los vieron, saludaron con un simple movimiento de mano.

.â€”LlÃ©vatelo y lÃ©eloâ€”le dijo Camicaziâ€”Hablamos maÃ±ana.

Dicho esto, ella saliÃ³ de la biblioteca rÃ¡pidamente. Unos minutos despuÃ©s Hipo tambiÃ©n lo hizo.

-o-

Astrid estaba en la alcoba, afilando con ayuda de una piedra el hacha con el cual esperaba poder sobrevivir en la arena en un par de dÃ-as. Sus pensamientos eran realmente un caos. Por un lado, estaba aceptando de forma resignada que iba a morir siendo el espectÃ¡culo estÃºpida de una gente que odiaba. Pero el comportamiento de Hipo en el entrenamientoâ€¦ eso sÃ- que la tenÃ-a fuera de control.

Â¿CÃ³mo era posible que Hipo no se estuviera tomando en serio lo que estaba pasando? Â¿CÃ³mo era posible que el chico no tuviera ni siquiera deseos de pelear por su vida antes de morir como un cobarde? Â¿CÃ³mo era posible que no alzara ni una espada en nombre del honor descuidado de Berk? Â¡No podÃ-a entenderlo!

Hipo se habÃ-a desaparecido despuÃ©s del entrenamiento y no supo nada de Ã©l. Lo cual bendijo, porque le ayudÃ³ a calmar buena parte de su enojo. Pero aÃºn asÃ-, ella tenÃ-a que hablar con Ã©l. TenÃ-a que hacerlo reaccionar Â¡entrar en razÃ³n!

Astrid se cambiÃ³ la ropa por una un poco mÃ¡s cÃ³moda y colocÃ³ sus armas perfectamente afiladas en la pared. DespuÃ©s de eso, contemplÃ³ un rato por la ventana cÃ³mo la ciudad se iba oscureciendo por la puesta del sol. Los mÃ³gandianos prÃ¡cticamente desaparecieron entrando cada uno a sus casas, dejando las calles desiertas aÃºn antes de que se esfumara el Ãºltimo rayo de sol.

Hipo aÃºn no llegaba.

Negando cualquier dejo de preocupaciÃ³n, la rubia prendiÃ³ una

veladora y agarrÃ³ el Manual de Dragones. Leer un poco de estas bestias podrÃa darle valiosa informaciÃ³n en el campo de batalla. RevisÃ³ los puntos dÃ©biles de la mayorÃa de los ejemplares e ideÃ³ planes para poder enfrentarse a ellos una vez que estuvieran en el ruedo.

Cuando las estrellas estaban en la bÃ³veda celeste y su cuerpo replicaba por el cansancio, la rubia debiÃ³ apagar la veladora dejando el libro de lado. Maldijo entre dientes por el estÃºpido de Hipo que seguÃa sin llegar y se acostÃ³ en la malditamente cÃ³moda cama. Estuvo dando vueltas un rato, preguntÃ¡ndose porquÃ© maldita sea Hipo no podÃa afrontar esta situaciÃ³n como un digno vikingo, antes de caer dormida.

Poco despuÃ©s de que ella se durmiÃ³, Hipo entro en la habitaciÃ³n. Comprobando que su compaÃ±era no estaba consciente escondiÃ³ el libro secreto bajo el colchÃ³n de su cama. QuitÃ¡ndose los zapatos, se acostÃ³ para dormir. HabÃa demasiados pensamientos en su mente, un caos completo debido a las revelaciones de Helga y a los tratados expuestos en ese libro.

Todo tenÃa una extraÃ±a coincidencia y al mismo tiempo parecÃa no tener razÃ³n de ser. Era algo que debÃa hablar con Camicazi sin esperar.

Algo ocultaba MÃ³gandi. Algo mucho mÃ¡s oscuro.

* * *

><p>Eso fue todoâ€¦ muchÃsimas gracias por leer en serio. Y sean pacientes con la prÃ³xima actualizaciÃ³n please<p>

Â¡Nos leemos!

Chao!

End
file.